

21 fl.

760



popular film

Käthe

30 cts

MA

240

Ayuntamiento de Madrid

SALES LITÍNICAS DALMAU

EFERVESCENTES

PRODUCTO NACIONAL



¡¡POR FIN!!

Encontré las mejores y más económicas.



Porque es la bebida ideal y de mayor eficacia para el buen funcionamiento del organismo.

Porque con ellas se puede preparar un agua mineral excelente, que no debe faltar en ninguna mesa.

Porque es refrescante y le ayudará a soportar los rigores estivales.

Porque mezcladas al vino le da un gusto exquisito al paladar.

Porque por su preparación especial son las mejores entre sus similares.

Se expenden
en

VASOS y CAJAS

de cristal de
12 paquetes
para preparar
12 litros

metálicas de
15 paquetes
para preparar
15 litros

CAJAS GRANDES

de 120 paquetes para preparar 120 litros de la mejor y más económica

agua mineral de mesa

DEPOSITARIOS
EXCLUSIVOS

ESTABLECIMIENTOS DALMAU OLIVERES, S. A.

PRINCESA, 1

BARCELONA

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

21 DE JULIO DE 1932

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino

Nueva del Este, núm. 5, pral.

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

DESAGRAVIO AL CINEMA

SE ha presentado ahora, en pleno estío, cuando el público no acude ya más que a los espectáculos al aire libre, una película que merecía haber sido estrenada, y con todos los honores, durante la temporada invernal.

Me refiero a «Luna de miel», dirigida por Eric Von Stroheim, que es a la vez su protagonista, con Zasu Pitts y Fay Wray como oponentes.

«Luna de miel» ha pasado desapercibida, lo que era de esperar por la falta de oportunidad en su estreno y por la propaganda, muy escasa para su mérito, que se le ha hecho.

Es posible, que de presentarse en momento más propicio que éste, la hubiera acompañado la indiferencia, y quién sabe si la protesta, del público.

Porque no hay que fiarse mucho de la finura sensorial, de la capacidad emotiva y del gusto artístico, de un público que rechazó «Romanza sentimental» y «La última compañía», que no prestó atención a «La calle» y que no supo sentir «Melodía del corazón». Y donde pongo estos films, podría colocar otros, también admirables.

Sin embargo, «Luna de miel» debió pasar por la gloria de ser protestada por un público sin comprensión ni sensibilidad, mientras que estrenada a destiempo, casi pasada de matute, no ha tenido el honor de ese fracaso que abre el camino de la posteridad a las grandes obras, a las ideas puras y a los hombres geniales.

En la sala casi vacía del Fémica —pongamos diez, doce espectadores, y no más— he tenido la sensación egoísta de que este film maravilloso se proyectaba para mí solo, para emocionarme fuertemente mi espíritu, para que mis ojos captasen el gesto sobrio, irrisantemente antipático—y más humano por eso—de Stroheim, la elocuencia de las manos de Zasu Pitts, manos que son antenas suprasensibles de los sentimientos, y la expresión dulce y suave del rostro de Fay Wray.

¿Quién ha cometido el error—o la estupidez—de afirmar que no deben llevarse al cine problemas sociales ni conflictos psicológicos? Lo desmiente,

de manera rotunda, todo el cinema soviético y algunas cintas hechas en Alemania, en Francia y en Norteamérica, entre ellas esta «Luna de miel» en que los caracteres, de recio trazo psicológico, provocan un conflicto humanísimo de enorme envergadura dramática.

El cinema es arte, y arte nuevo para multitudes. A pesar de la palabra, que no debe ser retórica como en la oratoria, ni literaria como en el teatro, sino sencilla y nacida en lo más hondo del ser humano, reservada a subrayar el gesto, a darle vigor; palabra-grito—de dolor, de rabia, de odio, de alegría, es igual—, palabra-interjección, palabra que se escapa de los labios porque si se pretendiera contenerla explotaría en el pecho.

¿Y cómo se quiere reducir a mero movimiento—la acción la determinan los grandes caracteres y va de dentro afuera—el cinema que es arte de multitudes y por lo mismo arte social, arte psicológico?

Las películas de Charles Chaplin—que sólo hacen reír a los necios—, ¿qué son sino un conflicto, y si se quiere una pugna, entre el personaje—Charlot—y el ambiente?

Este desconocimiento que tienen del

cine la generalidad del público y la mayoría de los críticos, es lo que determina los fracasos de las grandes obras, de las geniales, y hace deslizarse por la pantalla, fuera de tiempo y casi con vergüenza de reflejar en ella sus imágenes, films como «Luna de miel».

Pero ya no tiene remedio. Podría tenerlo si hubiera aquí una empresa capaz de presentar solemnemente, con una propaganda inteligente y a precios reducidos, los films que, como este de Von Stroheim, han pasado desapercibidos, o aquellos que, como «La madre», de Pudovkin, se proyectaron una sola vez, y ésta en una de esas sesiones llamadas de arte, de las que se sienten desplazadas—por el ambiente, no por falta de curiosidad o inquietud estética, que suelen tenerla en mayor grado que la burguesía—las clases humildes.

Películas de sobra hay para confeccionar estos carteles de desagravio al cinema. No las cito por no incurrir en olvidos involuntarios, que podrían parecer exclusión voluntaria de estos programas.

Acaso fuese una buena idea denominar estas sesiones así: cartel Eisenstein, cartel Pabst, cartel Vidor, cartel Stenberg, cartel Pudovkin, cartel Joe May, cartel René Clair, cartel Mammoulian, etc., dándole así una significación de temporada artística, de carácter popular, en la que quedarían recogidos los valores más puros de la cinematografía mundial.

A base—ya lo he dicho—de precios económicos y de una propaganda eficaz.

Y quién sabe, si lo que ha fracasado o pasado desapercibido—que es peor aún—ante públicos que podríamos llamar de pseudo intelectuales, burguesía y clase media, no constituyeran triunfos ruidosos y edificantes, en presencia de un público más popular, más compenetrado con esos ambientes y esos problemas sociales y psicológicos de todo film que es reflejo vivo, sin alambicamientos hipócritas, de la vida y vigorosa expresión plástica de las pasiones que agitan al hombre.

MATEO SANTOS

Nuestra Portada

En la portada del presente número, una gran artista y una bella mujer alemana: Käthe Von Nagy, uno de los prestigios más sólidos de la Ufa.

En la contraportada, Richard Dix, uno de los pocos actores del cinema yanqui que no ha triunfado por su figura ni por su belleza varonil, sino por su formidable temperamento artístico.

Correo femenino

SUPERSTICIONES

Desde que se inventaron las herraduras, todos los pueblos, razas y naciones que las han empleado para sus caballos las consideran como emb'emas de la felicidad y portadoras de la buena suerte. Probablemente, no hay en el mundo superstición que se encuentre tan extendida; lo mismo el árabe del desierto que el jockey inglés, el antiguo caballero andante y el moderno campesino, todos participan de ella, y lo más curioso es que no hay dos pueblos que lo expliquen del mismo modo.

En el Cáucaso, por ejemplo, los aldeanos dicen que su preocupación respecto a las herraduras es debida a que sus antepasados aprendieron el uso del hierro por una de ellas. Hace mucho tiempo, según refiere la leyenda, un montañés de aquella región encontró un objeto duro que accidentalmente se había desprendido de un casco del corcel de un jefe cosaco. No habiendo visto nunca aquello, pensó que era cosa de comer, pero como no podía partirlo con los dientes, trató de ablandarlo en agua hirviendo. Después lo puso en un asador, y por fin, ante la inutilidad de estos procedimientos, empezó a darle golpes con una piedra.

En esta ocupación le sorprendió el diablo, que sin más preámbulos le preguntó qué estaba haciendo. El aldeano se asustó, pero recobrando en seguida su sangre fría, replicó que hacía un martillo para luchar con él. Satán se echó a reír de la amenaza, y le dijo: «¿Cómo vas a hacerlo si no tienes arena?»

Desde entonces, los habitantes del Cáucaso saben que la arena es esencial para trabajar el hierro, y al poco tiempo empezaron a explotar las minas de sus montañas.

En Turquía, la imaginación popular no ha ido tan lejos; allí se miran las herraduras con respeto porque su forma recuerda la de una media luna, el emblema sagrado del Islam. La misma explicación se encuentra entre los beduínos de Arabia, los cuales suelen recoger las herraduras caídas y guardarlas en una bolsita de piel de cabra, que se cuelgan al cuello a guisa de amuleto o suspenden, sobre la puerta de su tienda, de pelo de camello.

Los indígenas de Ceilán acostumbran a clavar las herraduras en las puertas como un medio para alejar a los malos espíritus, por la analogía que existe entre su forma y el cuerpo arqueado de Nagendra, la serpiente sagrada, que es una de sus principales divinidades.

Para los judíos de Polonia, la sangre que

el día de Pascua se salpica sobre el dintel y las jambas de la puerta forma el esbozo de un arco; de aquí el valor de los talismanes en forma arqueada, entre los cuales se encuentra la herradura.

Es muy curioso el hecho de que en la Toscana los campesinos tienen una costumbre muy parecida a la de los árabes. Creen también que la herradura es emblema de la luna en creciente, y la guardan en una bolsita encarnada, juntamente con siete cuentas de cristal que representan siete estrellas. Lo que sin duda ignoran es que unos quin-

NO MAS CANAS

Receta inmejorable preparada en casa.

En un frasco de 550 grs. se echan 50 grs. de Agua de Colonia (5 cucharadas de las de sopa); 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café) el contenido de una cajita de «Orlex» y se termina de llenar el frasco con agua. Puede Vd. mismo llevar a cabo esta sencilla preparación en su casa con pocos gastos o encargarla a cualquier farmacéutico. Aplíquese la loción obtenida sobre el cabello dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. Obscurece los cabellos canosos, descoloridos o blancos volviéndolos suaves y brillantes. «Orlex» no tinte el cuero cabelludo, no es tampoco grasiento ni pegajoso y persiste indefinidamente.

ce siglos atrás sus antepasados adornaban la cabeza de Diana, diosa de la luna, con un creciente y siete estrellas. De aquí debe arrancar, probablemente, el verdadero origen de esta superstición universal, pues no hay que olvidar que Diana, personificada como Hecate, o gobernadora de las regiones infernales, presidía todos los encantamientos y era la guardiana y protectora especial de las casas y sus puertas.

Durante la Edad Media, era en Italia cosa corriente poner una especie de tejadillo de latón, en forma de media luna, sobre las cabezas de las imágenes expuestas al aire libre, con objeto de librarlas de la lluvia y de la nieve, al mismo tiempo que para dotarlas de nimbo. La gente del pueblo no tardó en asociar la idea de este nimbo con un objeto metálico de forma parecida, cual es la herradura, y las personas supersticiosas, muy abundantes en Italia, concedieron a las herraduras la misma reverencia que primero otorgaron al emblema de la santidad.

Muy diferente es la explicación que en Irlanda dan los campesinos al que les interroga sobre la tal superstición. Según cuentan, toda la isla estaba, en otro tiempo, sumergida en el mar, de donde salía por poco tiempo una vez cada siete años. Hízose cuanto fué posible para romper este encanto y obligar al país a permanecer siempre sobre el agua; pero todo fué en vano, hasta que un aventurero arrojó una herradura desde un bote sobre el pico más alto de los montes Wicklow, en el instante en que iban a desaparecer bajo las olas. Entonces, la Verde Erin volvió a sa-

lir a flote y ya no desapareció jamás. Desde entonces, a juzgar por la leyenda, se dió a la isla el nombre de Ironland (tierra del hierro), que por corrupción ha venido a ser Ireland.

Algunos irlandeses más devotos aseguran, sin embargo, que su creencia en la buena suerte de las herraduras se funda en la suposición de que cuando nació Cristo había en el establo un asno y un caballo, animales que por esta sola razón deben considerarse como benditos.

En Escandinavia se dice que la herradura es la herencia de Wotan, la deidad omnipotente de los antiguos pueblos del Norte, y se le concede gran poder contra los espíritus infernales. En Turingia no se reconoce esta propiedad más que a las herraduras que hayan sido forjadas la noche de San Juan por un herrero soltero y de conducta intachable.

Bailan trescientas cuatro horas, se casan y siguen bailando

Entre las numerosas parejas que hasta hace poco bailaban en un salón público de Los Angeles, después de trescientas cuatro horas consecutivas, la que formaban Emil Loeconte y Walter Raney fué escogida para recibir la recompensa ofrecida por la empresa, consistente en la bendición nupcial. Así se hizo, para lo cual hubo de suspenderse por diez minutos la exhibición. Inmediatamente después se reanudó el baile por parte de los recién casados, pudiendo decirse que pasaron su luna de miel en una interesante danza.

Sobre el amor y la mujer

Al amante que no se le ve, se le olvida pronto.

★

Cuando después de una larga ausencia se vuelve a ver a la que se ama, el esfuerzo es tan violento que parecemos fríos. El exceso de amor lo oculta.

★

El amor es un poderoso señor que guarda sus tierras; en su ausencia es cuando se le quita la caza.

★

Ser feo y ser amado: la mayor de las voluptuosidades humanas.

★

Ser amado y hacer traición: el más vil de los delitos.

★

No hay mayor culpable que el que desea la mujer de su prójimo.

★

Antes del nacimiento del amor es necesaria la belleza como señuelo, pues predispone esta pasión por los elogios que se oyen prodigar a la que ha de amarse. Una admiración demasiado viva hace decisiva la más pequeña esperanza.

★

Un marido engañado que acude a la justicia es un herido imprudente que agrava su estado agrandándose la herida.

★

¡Lástima que no se pueda embotellar el amor como se hace con el vino; que no se pueda poner en conserva, como se hace con las frutas; ni se le pueda embalsamar, como se hace con los pájaros exóticos! Aquel pícaro se substrahe a todo proceso de momificación.

★

El amor hace más bien pródigos que avaros.

El mejor
surfido en
frazes
de baño



Casa Beleta

Av. Puerta del Ángel, 35 (frente Teléfonos)

Medias
seda
natural

precio
reclamo,
a
8,50
ptas.



UN GENIO DE OCCIDENTE

MURNAU por RAFAEL GIL

(Continuación)

IX

A esta película no se le ha dado la mínima importancia, ni por parte de las empresas ni del público.

Y, sin embargo, es la película representativa de su creador. El film tipo y fundamental de su vida.

«El pan nuestro de cada día» es la exaltación del campo, del trigo. Al igual que en el cine soviético, la idea del trabajo, de la lucha por la vida, late en todos los metros del celuloide.

Al principio parece que no es así, que los personajes siguen sus instintos y sus pasiones. Y no hay tal cosa. Es el trigo el que marca sus vidas; es la Naturaleza la que, con su bonanza o sus furias, rige los destinos de un hogar; es una tempestad la que, al desatar todas las pasiones humanas, pone al padre frente a su hijo, cara a cara, cruzándose con la mirada; en suma: es el campo el que hace se conozcan y amen los protagonistas.

Y el argumento es, por tanto, sencillísimo. Y los personajes simples figurantes que se mueven junto a la deslumbrante estrella que es la Naturaleza.

«La muchacha de la ciudad» ama al campo. Es su obsesión abandonar la ciudad, dejar tras de ella sus ruidos antipáticos, su hedor humano.

«El muchacho del campo» se debe a la Naturaleza por completo. De ella vive, en sus entrañas se germina el trigo con el cual ha de vivir toda una familia.

Y por esto, cuando ya recogieron la cosecha, marcha un día a la ciudad a venderla, a cambiar el pan por dinero, que servirá para asegurar un año la vida de un puñado de seres.

Y mientras la muchacha sueña con el campo, él llega a la ciudad, tímido, encogido, bajo una recomendación paternal que es casi una amenaza: vender el trigo a un precio alto.

Era muy natural que ambos se encontraran. Marchaban los dos por unos caminos que a la fuerza tenían que unirse. Y así fué.

Y sus caminos—blancos, llenos de flores y con un dosel de estrellas—se cambiaron, se fundieron en uno solo de hierro: el ferrocarril que juntos los lleva a la aldea.

Y al abandonar ese camino—tan molesto, tan antipático—se encontraron, de pronto, frente a un desierto amarillo, de trigo, en el cual parece un oasis, la pequeña casa de madera donde han de vivir.

Pero no todo es poesía en el campo. No sólo pacen los corderos mientras canta el pastor. No sólo cantan las chicharras al calentarse el sol de mediodía. No. No es todo felicidad, no es todo contemplación en el campo. En el campo hay también hombres. Y al haber hombres, hay pasiones, hay prejuicios, hay deseos, hay vida, en una palabra.

Y por esto, la pobre muchacha de la ciudad y el tímido muchacho del campo, no son felices. Porque el padre, en su ignorancia, cree que su hijo ha sido engañado por una cualquiera. Y porque los campesinos han visto una mujer única, una mujer que creen del otro mundo, un sér excepcional. Y la desean; y cuando se tumban, al terminar la jornada, en un montón de paja, húmeda de sudor, no duermen, les atormenta la visión diabólica de un cuerpo blanco,

de carnes duras, apretadas. Por esto la pobre muchacha de la ciudad y el tímido muchacho del campo, no son felices.

Verano. El sol quema los rostros, resquebraja los techos y dora el trigo. Y las espigas muestran sus granos tostados, henchidos de vida.

En la humilde casa, perdida en el desierto amarillo, se trabaja sin descanso. Las mujeres preparan comida para los braceros, limpian la herramienta, arreglan el desván donde pasarán la noche.

Y, mientras tanto, el hombre—encorvado con las espaldas al rojo—recoge los sacos de trigo que la segadora deposita sobre las decapitadas espigas.

Y en este trajinar, en este ir y venir de hombres y mujeres sonrientes, pellizcándose y retozando como cabras salvajes, el muchacho del campo está triste porque su mujer le desdén y porque su padre le tiene como algo aparte, como algo que fué.

Pero la Naturaleza es buena, la Naturaleza no puede permitir que aquellos que la aman, que aquellos que la adoran no sean dichosos, y un día decidió ayudarlos.

La Naturaleza es poderosa, para la Naturaleza no hay nada imposible, y un día desató una tempestad tremenda, una tempestad que sería la ruina de muchas familias—entre ellas de la que vivía en la casa de madera perdida en el desierto amarillo—, si no trabajaban con presteza y recogían la cosecha en unas horas.

El jefe de aquel hogar movilizó en seguida a su gente. Les manda que a media noche terminen su trabajo. Pero se niegan: siguen las órdenes de su capataz, que desea vengarse de los desechos de la muchacha de la ciudad.

El hombre se asusta ante la idea de la ruina, del hambre, y lanza un grito que es una sentencia: «¡Antes de abandonar el campo lo regaréis con vuestra sangre!»

Y con su escopeta se apuesta en el sendero.

Por él, lentamente, camina la infeliz muchacha de la ciudad. Marcha de nuevo a aquel infierno de casas, de trenes, de hombres. A aquel infierno que ahora casi desea, porque fué al campo por amor y sólo encontró odio.

Pero como el muchacho la quiere, como la ama de verdad—al enterarse de que su mujer ha huído—, monta en un carricoche y parte a su encuentro.

Y tiene que pasar por aquel caminito en el cual su padre vigila con la escopeta.

Y al oír las pisadas de los caballos se echa el arma a la cara. Está ciego de ira, no ve, no sabe frente a quien se encuentra. Su hijo grita: «¡Padre, padre!»

Pero ya es tarde. Ya sonó la detonación.

Pero ya hemos dicho que la Naturaleza es buena; que la Naturaleza ampara a quienes la aman, y no podía permitir, por tanto, aquella injusticia. No sabemos cómo sería. Tal vez Eolo desvió con un manotazo de aire la trayectoria de la bala. Tal vez un astro misterioso la atrajo hacia él. Ya decimos que no sabemos cómo fué; el caso es que aquella bala se perdió en la noche.

Y, desde entonces, el padre vió la verdad. Y es que nunca se ve tan bien como cuando miramos a través de los cristales que separan la vida de la muerte.

Y en aquella casita de madera, perdida en el desierto amarillo, renació la tranquilidad, el amor. Todos son risas. Ahora hay una fuerte, vibrante, gozosa: la de una mujer.

Esto es «El pan nuestro de cada día»: el poema del campo. Un canto a la Naturaleza. Ella es el árbitro de todos los destinos. Ella juega con el hombre como con un monigote y hasta llega a romperlo—como hacen los niños—, pero luego se compadece y lo arregla, lo pega, lo pinta de nuevo.

¡Y cómo guió Murnau a la gran estrella que es Natura!

Hizo de ella lo que quiso, con su colaboración dió al cinema una obra fundamental y se dió, a sí mismo, su mejor producción.

Contento debió estar de lo conseguido. Claro está que había hecho su obra, solamente su obra. Había filmado para él, sin hacer concesiones a nadie.

Pero esto, como es natural, no le convenió a William Fox.

Y como no dió importancia a la cinta ni la hizo la más pequeña propaganda, ésta no le produjo grandes cantidades.

Y hubo nuevas discusiones entre él y Murnau. El primero mantenía su criterio de hacer películas para el público, atendiendo solamente a su gusto.

Y el segundo, como única respuesta, se separó de la Fox.

Y decidió filmar por su cuenta, solo, independiente.

Y un día cogió una cámara y se marchó a Polinesia.

No llevó artistas. Los escogió entre los nativos del país. La estrella, una vez más, sería la Naturaleza. Esta vez el mar.

Y el resultado de esto fué «Tabú», su obra póstuma.

X

Cuatro estampas de «Tabú».

En estos tiempos, en los que por fuerza tenemos que vernos privados de la proyección de films mudos—por la razón sencillísima de que nadie se preocupa de hacerlos—es un placer inenarrable ver deslizarse a las sombras sobre la pantalla sin producir el más mínimo ruido.

Y cuando estas sombras han sido movidas por un hombre como Murnau y van, además, acompañadas de una música melodiosa que subraya y da más vida a la leyenda que se desarrolla en el lienzo, entonces el placer se convierte en emoción sincera, en esa emoción íntima que produce la admiración de la belleza.

He aquí el caso de «Tabú».

Mientras desfilaban lentamente las imágenes de las islas de la Polinesia, nos parecía que estábamos pasando las hojas de un libro en el cual las gracias de todas las artes habían dejado plasmada su huella.

(Continuará)

Tintura Marthand

De positivos y rápidos resultados



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña, 4 ptas. - Caja grande, 8 ptas.

DE VENTA EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS



"Sombras blancas" "Tabú"

por JOSÉ CASTELLÓN DIAZ

FINALIZA la temporada. Los cines cierran sus puertas o inauguran sus terrazas. Se suspenden los estrenos de manera casi radical, y fácilmente puede asegurarse que de las cintas que aún esperan pasar este año por las pantallas madrileñas, pocas serán las verdaderamente interesantes. No habremos de descuidarnos, sin embargo; no conviene olvidar que fué durante el verano pasado y en un cine de segunda o tercera categoría, cuando se estrenó en Madrid el magnífico poema negro de Vidor, «Aleluya!». Pero a pesar de ello podremos considerar ya como cerrada la temporada de estrenos y presentaciones. Ahora, en forzado intermedio, los cines se dedicarán a hacer pasar por sus pantallas los films estrenados durante el invierno, o quizás se aventuren a buscar alguna película francamente antigua, pero también francamente buena. Quizás se logre que el buen público llegue a enterarse de que durante esta temporada se estrenaron otras cosas además de «El teniente de la sonrisa» y de «Las luces de Buenos Aires», otras cosas que se deslizaron desdeñadas: películas como «Las calles de la ciudad» o «Jean de la Lune». Y que existen cosas como: «Soledad» y «El amor de Juana Ney».

Por cierto que quizás pudiese resultar interesante el ordenar y proyectar ciclos lo más completos posibles de determinados actores o directores: algo podría ensayarse con la obra de Charlot. Así se haría conocer al gran público lo que es y significa el camino recorrido desde «Pasteles y dinamita», hasta «Luces de la ciudad». No he deseado decir que se formasen diez o doce programas macizamente chaplinescos: el genio llega hasta a empalagar, hasta a hastiar; pero lo que sí sería sencillo es el hacer que una parte de los programas fuese ocupada por una o dos de sus películas, según su empeño y dimensiones. Al público le distrae seguramente ver estas viejas cintas; reiría siempre, si no por Charlot a veces, sí por los trajes y «gentiles» movimientos de Edna Purviance; y el estudiante curioso podría a la vez, si es demasiado joven, conocer las obras primarias del genio sólo conocidas por inútiles referencias; y si es viejo, recordar los incidentes ya casi olvidados. Más difícil me parece que sería el intentar un ciclo Murnau o Griffith: «Intolerancia», aquella trágica y magnífica «Intolerancia»; sólo nos haría hoy reír demasiado: o nos aburriría espantosamente. Ya hemos podido ver en unas aún no lejanas sesiones de Proa-Filmófono, cómo lo que era trágico y conmovedor en su época—«La Gioconda», «Amante contra madre»—, se ha metamorfoseado en lo más divertido y grotesco. Ninguna burla de Chaplin o Keaton llega a ridiculizar tanto como esos gestos desesperados de las viejas actrices italianas o francesas. Pero de todas maneras, a pesar de todo, quizás resultara interesante conocer a la Bertini de «Los siete pecados», a la Lilian Gish de «El lirio rojo», o a la primeriza Greta Garbo de «La leyenda de Gosta Berling».

Pero en fin: si no podemos ver las primitivas películas de Charlot o de Lubitsch, podremos, en cambio, ver los films que por descuido o desidia hemos dejado como olvidados durante la temporada que ahora termina, o rever los dignos de deleitosa repetición: tendremos que acudir a conocer «Amores de media noche» y «Svengali», y a saturarnos de «Entre sábado y domingo» y «Fatalidad», de las últimas producciones de Thiele o de Pabst, de Clair y de Lang.

Ahora hemos visto de nuevo «Sombras blancas», una cinta de la época heroica del nacimiento sonoro. Entonces fué algo destacable y destacado entre las revistillas ab-

surdas y las desorientaciones temblorosas y aburridas. Teníamos deseo de volverla a ver, sobre todo para compararla con «Tabú»: para rectificar o ratificar ideas y conceptos; para investigar y conocer lo que en realidad Murnau puede deber a Van Dike.

«Sombras blancas» es, ante todo, un film magnífico: tan magnífico, que todavía, pasados dos o tres años desde su presentación al público, continúa siendo un documental portentoso. Seguramente Van Dike no ha sabido ni sabrá superarse en sus producciones posteriores, realizadas a pleno lujo, anunciadas a bombo y platillo, pero pesadas, aburridas: hasta imbéciles en su trama y desarrollo.

«Sombras blancas» es interesante y limpia: limpia no sólo en la fotografía, sino en la intención. Dejando aparte el prurito moralista que envuelve todo el film y que, claro es, no hace más que perjudicarlo, como a «M» le perjudicó el absurdo desenlace de las madres enlutadas y lloriqueantes, tendremos que reconocer que pocas veces, sobre todo en América, hemos visto una película más honradamente construida, con menos ridículas concesiones al gran público. Ni el final amargo y desconsolador—inevitable en este caso, aunque el buen burgués norteamericano no lo crea así—intenta evitar Van Dike: se ve que marcha derecho hacia él sin retroceder, sin pensar ni un momento en traicionarse, sin querer recordar que Mrs. Dawson desea tener una buena digestión o que Mrs. Hayes no tiene tiempo de pensar en cosas terribles. No: «Sombras

blancas» no es un documental más, como lo son, por ejemplo, «Al Este de Borneo» o «Rango», como lo es con todo su gallego y postín su mismo «Trader Horn»; repeticiones más o menos disimuladas de «Chang» y de «Misterios de Africa». «Sombras blancas» es, como «Tabú», un estupendo documental y una maravillosa obra de arte. Es un estudio de la vida en las islas polinésicas, quizás tan logrado como en lo suyo lo son los films agrarios de Dovchenko y Eisenstein. ¿Algún fallo? Son tan leves, que sabemos olvidarlos fácilmente.

No deseáramos comparar «Tabú» con «Sombras blancas», pero la semejanza de temas y ambientes, el recordar lo que se ha dicho—lo que hemos dicho nosotros también—de ambos films, nos hace que de manera inevitable intentemos hallar cuáles son las diferencias de méritos y valores entre las obras de Van Dike y Murnau. Y al recordar lo que ya en otras ocasiones hemos afirmado, nos parece que sinceramente nada debemos rectificar ahora.

El film de Murnau es genial e incompleto: cuando más desencantados nos consideramos ante la torpeza de alguien que malogró la suprema belleza de su «Tabú», Murnau reaparece y nos deleita con la serena de Reri, nos entusiasma con la vertiginosa persecución de Matahi. «Tabú» es desigual, deplorable en algunas de sus partes; pero sencillamente maravilloso en muchas de ellas.

«Sombras blancas» se mantiene, en cambio, en todas sus escenas al mismo nivel: nada puede indignarnos, nada desilusionarnos, pero... tampoco nada sabe asombrarnos. Nos entretiene, a veces hasta parece deslumbrarnos con su extraña belleza: nunca nos parecerá imposible, no realizado por un hombre. Ante el baño de las muchachas recordamos en seguida aquel maravilloso de Reri y sus amigas; ante la danza de Raquel Torres—jamás ya tan artista como aquí—evocamos instantáneamente el dinamismo portentoso de la fiesta consagratoria del film de Murnau. Cada una de sus escenas suscita un recuerdo superior: es inútil que queramos recordar: «Tabú» era pesado, mal construido; su segunda parte era sencillamente insostenible; en vano—recordando palabras de alguien que conoce bien estas cosas—hemos casi deseado hallar mejor la producción de Van Dike. En nosotros, dentro de nosotros, sólo sabemos decirnos: «Murnau. Tabú. Murnau. Tabú...»

Sí: el film de Van Dike es una obra completa, pero no genial; la obra de Murnau es, al contrario, algo genial que alguien quiso por lo visto vulgarizar. Se hizo con «Tabú» algo análogo a lo que los malos escritores se atreven a hacer con el «Don Quijote» para ponerlo al alcance de todo el mundo.

Los films de dibujos animados

¿QUIÉN no recuerda con placer estos breves films rebosantes de humorismo y espiritualidad, deslumbrantes de inspiración y optimista alegría que la pluma de Walt Disney nos ha brindado, y que después se han multiplicado en todos los países del mundo?

A pesar de todo, los films del ratón Mickey (Mickey Mouse) continúan y continuarán siendo aún el prototipo del dibujo animado, sonorizado con los innumerables «challazgos» musicales utilizados por su creador.

Por esto, en todos los cines, tanto el público americano como el europeo desea volver a ver a la minúscula estrella que se ha popularizado en todas las pantallas. Con el fin de satisfacer este deseo, los Artistas Asociados se han asegurado para la próxima temporada la distribución de nuevas series.

Pequeñas obras maestras, tomadas aisladamente, estos films de Walt Disney, por la alegría que provocan en todos los espectadores, se han convertido en producciones de envergadura, que pronto, como ocurre ya en América (donde se anuncian con letras luminosas en las marquesinas de los cines), tendrán sus apologistas.

sin canas rápidamente con la novísima preparación científica

AGUA COLONIA MISTERIOSA



quita la caspa y evita su caída

La Florida S.A. APARTADO 239 Barcelona (España)

NOTICIAS ILUSTRADAS Y COMENTADAS

Batir el huevo

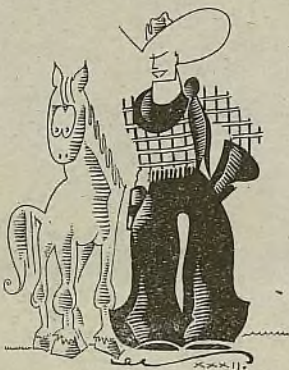
L EEMOS: «El Consejo nacional de mujeres francesas ha testimoniado en diversas ocasiones un vivo interés por el cine en cuanto a la propaganda educativa y social. Ha sido elaborado en ocasión de la Conferencia internacional de Roma, que tuvo efecto en octubre de 1931, un programa de acción metódica.

La señora Germaine Dulac, presidenta de la sección francesa, presentó en primer lugar dos películas americanas pertenecientes a la ya considerable colección que Western Electric ha hecho impresionar para las escuelas, las Universidades y obras sociales. Una de ellas es una película escolar que trata sobre la enseñanza de la música, y en ella se demuestra y explica el papel que hacen los instrumentos de percusión en la orquesta. La segunda trata del despertar de la percepción en los niños más pequeños y ha sido

objeto contar aventuras de «cow-boys».

No podíamos sospechar que Richard se negara a ser, una vez siquiera, un intrépido jinete del Far West. Pero sus razones tendrán cuando ha puesto, en su nuevo contrato, la condición especialísima de no tomar parte en ninguna aventura de «cow-boys».

Acaso, el marido de Jobyna



Ralston haya sido víctima alguna vez de una coz, y de ahí su inquina a esos films de caballistas.

O quién sabe si al simpático actor lo han tirado alguna vez por las orejas.

Aunque la causa pudiera ser otra; por ejemplo, que le haya costado el dinero un tute de caballos.

Rojo gana

Una gacetilla:

«Clara Bow, la pelirroja de personalidad dinámica e inconfundible, a la que el público empezaba ya a echar de menos con motivo de su temporal alejamiento de la pantalla, firmó hace poco un contrato con la Fox Film Corporation para aparecer en dos producciones



durante la próxima temporada.

La primera de estas producciones se titulará «Sangre roja», y como el título parece indicarlo ya, trátase de un asunto que se aviene magníficamente con el vivaz temperamento de 'a gentil artista.»

Esto de que el asunto se aviene bien con el temperamento de Clarita, ¿por qué lo dirán? Porque si dijeran que el

título de su nueva película concuerda con el color de sus cabellos... ¡al pelo!

Una viuda apetitosa

Se dice que Jeanette Mac Donald y Ramón Novarro serán los protagonistas de «La viuda alegre», conocida opereta que filmó con—cuando la pantalla no había encontrado aún su voz — Mae Murray, bajo la dirección de Eric Von Stroheim.

Nos parece que dar otro golpecito a «La viuda alegre» son ganas de levantar muertos.

Claro que siendo Jeanette la viuda y alegre por añadidura, hasta el «fiambre» se pondrá a gritar: ¡Viva mi dueña!

¡Ay!, mujeres tan estupendas como la Mac Donald, da



pena dejarlas viudas. Sobre todo si uno es el marido.

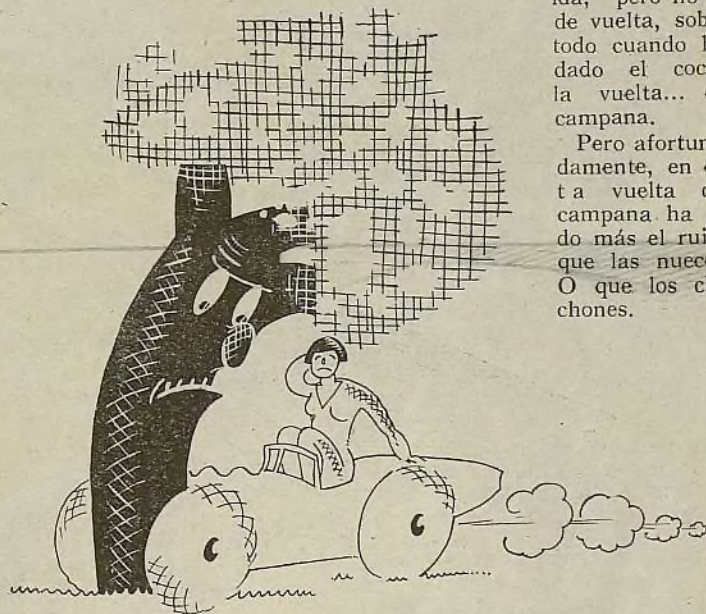
Una vuelta de campana

Sidney Fox ha escapado milagrosamente de perder la vida en un accidente automovilístico. Su automóvil, conducido por ella misma, chocó contra un árbol, dió vuelta de campana y

rodó ladera abajo por espacio de cuarenta metros. Sidney ha resultado con ligeros arañazos.

Ya es suerte la de esta linda actriz. Porque en esos accidentes se suele tomar el billete de ida, pero no el de vuelta, sobre todo cuando ha dado el coche la vuelta... de campana.

Pero afortunadamente, en esta vuelta de campana ha sido más el ruido que las nueces. O que los chichones.



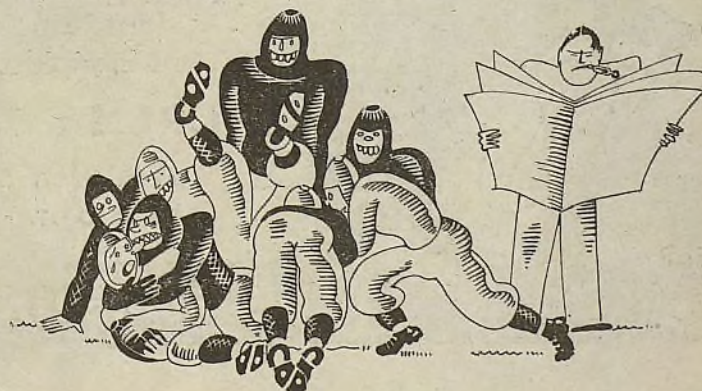
A dos velas

Este año serán escasos los actores que pasarán las vacaciones en Europa. La mayoría de ellos preferirá las Olimpiadas. Sólo Kay Francis y su esposo Kenneth MacKenna, Richard Arlen, Jobyna Ralston, George Arliss y Edward Robinson, anuncian su viaje a Europa. Kay Francis permanecerá fuera de Hollywood cuatro meses.

¿No influirá en esta decisión el espíritu de economía?

Porque ya sabrán ustedes que a los artistas de cine se les ha hecho en sus sueldos una rebaja importante. Con esto, las quiebras de Bancos en Los Angeles, los gastos de divorcio, etcétera, muchos famosos actores y muchas «estrellas» están casi a dos velas. Y una «estrella» que por falta de luz esté a dos velas es algo terrible.

(Dibujos de Les)



Richard odia los caballos

Richard Arlen solucionó, al fin, sus dificultades con la Paramount y ha firmado un nuevo contrato por cuatro películas, pero con la condición expresa de que ninguna de ellas versará sobre el Far West o tendrá por

¿COINCIDENCIA O PREDESTINACIÓN?

El cable trajo la espeluznante noticia del reciente asesinato en Hilo (Hawái) de la linda joven Margarita Enos, de diez y siete años de edad, cuyo novio, Silvestre Núñez, poseído de furibundos celos, la raptó, y eludiendo toda persecución se la llevó en un automóvil al picacho del volcán Halemaumau. Allí al margen del cráter del volcán sagrado, después de dispararle un revólver, levantó el cuerpo de Margarita, y con ella en brazos se arrojó en las profundidades del candente abismo. Poco después, para recobrar los cuerpos, la municipalidad ofreció una gratificación de mil dólares al atrevido que descendiese los mil doscientos pies al fondo del cráter. Un japonés, R. Konishi, ofrecióse para la peligrosa tarea, y encerrándose en una caja metálica los rescató, desafiando a los gases mortales y al formidable calor.

Esto, con ciertas modificaciones, es precisamente el tema de la obra «El ave del Paraíso», cuyas escenas exteriores fueron filmadas en Hawái por la Radio Pictures. Al crear dicha obra, el autor, Richard Walton Tully, se fundó en la conocida tradición hawaiana de arrojar al volcán sagrado —una variación del «hara-kiri» japonés—, pero en vez de que el amante despedido tomase la resolución fatal, hace que «Luana», la protagonista, encarnada por la eximia Dolores del Río, se lance al fuego volcánico en aras del sublime amor que le tiene a su ingrato inglés Wilson. Ella, en vez de él, hace el sacrificio.

Hasta aquí lo narrado, tanto de la vida real como del folklore de Hawái, es histórico. El caso que sigue, por la coincidencia que envuelve, es digno de relatarse: Una mujer—hará unos diez y ocho o diez y nueve años—asistió al estreno de la pieza teatral «El ave del paraíso» en el teatro Cort,

de Los Angeles. Leonore Ulric, en aquel entonces casi desconocida, interpretaba el papel de «Luana». La mujer—gustándole mucho la pieza y encantándole este nombre—se prometió a sí misma que de llegar algún día a ser madre bautizaría al vástago, si niña fuese, con ese mismo nombre. El

suceso acaeció, y al correr de los años la niña, convertida ahora en un capullo de diez y siete años, de pelo negro y cándido mirar, encontró trabajo como «extra» en los estudios RKO, y al formarse la lista de los intérpretes, a ella, Luana Walters, le tocó en suerte interpretar un modesto papel en los coros de «El ave del paraíso». Coincidencia o predestinación... ¿Cómo calificaría el lector estos casos?... El lector tiene la palabra.

La primera producción de Sam Goldwyn para 1932-33

La primera producción de Samuel Goldwyn que se rodará durante la temporada 1932-33, será «Cynara». Ronald Colman tendrá a su cargo el papel de protagonista de esta obra que constituyó un éxito internacional en el teatro.

Goldwyn se interesó por ella cuando la

wyn de que esta obra brindaba a Ronald Colman la oportunidad de realizar una creación que fuese digna sucesora de su «Doctor Arrowsmith», versión cinematográfica de la novela de Sinclair Lewis, que obtuvo el premio Nobel. Después de seis meses de laboriosas negociaciones, durante los cuales se temió varias veces que los derechos de la obra fuesen adquiridos por otras editoras cinematográficas, se firmó, por fin, el contrato entre Sam Goldwyn y Lee Shubert, representante de los autores. Ronald Colman, que se hallaba de vacaciones en Europa, felicitó entonces por cable a Goldwyn por su adquisición, pues el gran artista abundaba en el criterio de este productor.

«Cynara» es una trágica novela de las diferentes formas de la fidelidad. El título de la misma hace referencia al que dió Ernest Dowson a su famoso poema, sacado de la Oda de Horacio, «Yo te he sido fiel, Cynara, a mi manera». La obra teatral fué escrita por H. M. Harwood y R. F. Gore Brown y sugerida por la novela de este último, «Un amante imperfecto». A excepción de una escena que transcurre en Kensington Gardens y del epílogo, que tiene lugar en Capri, toda la acción se desarrolla en Londres.

DINERO en su CASA

Hombres y mujeres que sepan leer y escribir, pueden ganar dinero en cualquier localidad, sin salir de su casa.

Escriba a:

PUBLICACIONES UTILIDAD

Apartado 159 - VIGO - España

vió un año atrás en Londres, interpretada por el famoso actor Sir Gerald du Maurier, Gladys Cooper y Celia Johnson, en las tablas.

El éxito que posteriormente obtuvo en el Morosco Theatre, de Nueva York, interpretada por Philip Merivale, convenció a Gold-



TENTACION CREMA DEPILATORIA

AL AIRE LIBRE

Al exponer su piel, tenga muy en cuenta la nitidez de sus brazos, piernas, sobacos. La HIGIENE MODERNA recomienda muy especialmente la supresión de pelo y vello superfluo. Lo más práctico, lo más rápido, lo más seguro, lo más agradable

CREMA DEPILATORIA "TENTACIÓN"

Actúa en 3 minutos sin preparación y sin ningún mal olor. - Es una Crema Vegetal y Perfumada.

PERFUMERÍA "PARERA" BADALONA



THELMA TODD
Actriz de la M.G.M.

JACKIE SOBRE EL LIENZO

por AUGUSTO ISERN

CADA éxito un esfuerzo, parece decir Jackie Cooper, el diminuto artista de «Las peripecias», de Percy Crosby. El cine infantil iba ya cansando a la masa espectacular, que no podía ya transigir con los niños de «La Pandilla». Esa «our gang» de los americanos, tan querida y apreciada por ellos. Niños de una pandilla que sólo al principio tuvieron un destello de éxito en sus actuaciones. Luego, la monotonía, la insubstantialidad se ha ido apoderando de sus films cortos y han ido a un fracaso rotundo, que aún pasean por las pantallas del mundo. Pobres chicos, ya no tienen gracia. Tuvo que ser Jackie Cooper quien con su mirada gatuna y gesto a propósito superase a toda una generación de pequeños Coogans habidos y por haber.

Llamar la atención siempre ha sido difícil. Sobre todo en el terreno artístico. Sólo cuando descubrimos esa madera de actor que se necesita para sugestionar a todo un público exigente, aplaudimos. He aquí el caso de Jackie, ese niño de quien no encontramos un patrón anterior en el cinema. Dista algo de los niños de Herbert Brenon ese director que tan bien los maneja en film. Es único en su clase dentro del cine. Un producto nuevo creado por Norman Taurogh, que lo trae a la pantalla con honores insospechados. La sala al oírle, se ríe con sus gracias y ocurrencias. Gesticula bastante con la cara y es muy natural actuando. Diríase que se trata de un hombrecito en ciernes.

Tiene gesto desenvuelto y sabe andar a lo Richard Dix. Habla perfectamente el inglés. No se lava los dientes, aunque el cepillo atestigüe otra cosa. Se pega con los chicos de su edad cuando

hay motivo para ello. Sooky parece ser su mejor amigo. Creo, sin embargo, que le debiera haber despertado. El nuevo Robert Coogan es el primer actorsonámbulo que conocemos. Tendrá el record para mucho tiempo. Estoy seguro de ello. Viste con decaimiento. Su figura parece un jersey a ra-

yas andando. Jackie es más elegante. Es casi un figurín para niños. Un «dandy» que usa chalina salpicada de lunares, cue-

llo blanco y sombrero estilo flán. Un «gentleman» en miniatura, pero con los calcetines caídos.

Así ha llegado Jackie a la pantalla, sin saber cómo, cuando menos lo esperábamos. Haciendo reír a grandes y pequeños con su arte personalísimo y ayudado por su papá cinematográfico, Taurogh.

La academia cinematográfica de Hollywood ha dado un premio al gran Taurogh por su acertada dirección, tan magnífica como pueda ser la de un Herbert Brenon en «A kiss for Cinderella», que cobija una magnífica actuación de Betty Bronson y Esther Ralston. El americano suele equivocarse mucho al elegir sus mejores films, directores o fotografía adecuada de los vehículos de su país. Cuando acierta, lo hace con toda exactitud. «Cimarrón» y Wesley Ruggles lo atestiguan. «Tabú» nos habla también de una fotografía bellísima, cuyo premio se ha dado a un cameraman de la Paramount. El año pasado Norteamérica ha acertado por com-

pleto en sus opiniones sobre materia gris. Lionel Barrymore es todavía una incógnita casi despejada. Esperemos en Clarence Brown. Aplaudamos a Norman Taurogh. Recordemos su nombre, siempre interesante, para tratar otros asuntos filmicos: «gangsters», vaqueros, guerra, aviación.

Los americanos tienen otro gran megáfono que les honra. América entera parece incorporarse de nuevo a la atención de los cineastas mundiales. Vidor y Mamoulian así lo han hecho. Este Norman Taurogh también, aunque en un plano artístico inferior. Su primera misión ahora, después del éxito de sus «Peripecias», debe ser el llevar el gorro estilo flán, que usufructúa su producto «Jackie», a la vitrina de ese museo de antigüedades



Jackie
Cooper



La belleza del cutis se obtiene usando
Agua salicilica, vinagre y
CREMA GENOVÉ
Jabón y polvos Nerolina

cinemáticas, en donde estarán seguramente guardados el hongo de Charles y aquel sombrerito cursi que tocaba lindamente la cabeza de la Gaynor en aquel magnífico «Amanecer».

SILUETAS DEL FILM

ANNA STEN

ANNA STEN, la rubia estrella rusa de veintidós años que tan calurosamente elogiada fué por los críticos neoyorquinos cuando éstos vieron su actuación al lado de Emil Jannings en «Tempestad», y también en la versión alemana de «Los hermanos Karamazov», ha sido contratada por largo plazo por Joseph M. Schenck y Samuel Goldwyn, según declaración conjunta de estas dos eminentes figuras de la cinematografía americana. Con el mismo ojo clínico con que descubrió a Ronald Colman, Lily Damita y más recientemente a Melvyn Douglas (coprotagonista con Gloria Swanson de «Esta noche o nunca»), Sam Goldwyn ha visto en Anna Sten todas las características de una gran personalidad artística, en lo que ha coincidido con Joseph M. Schenck.

Miss Sten es oriunda de Kiev, ciudad de la Rusia meridional, y es hija de madre sueca y padre ruso. Tiene unos luminosos ojos de un azul grisáceo, sedoso cabello de un rubio amarillento, esbelta figura y voz suave y mu-

sical. Posee el temperamento eslavo combinado con la fría belleza de estatua de las razas nórdicas.

Anna nació, puede decirse, en el teatro. A la edad de quince años fué admitida en la Academia Rusa de la Cinematografía, y más tarde trabajó con las compañías artísticas de Stanislavsky, apareciendo en las tablas en obras de Pirandello, Ibsen y Maurice Maeterlinck. Pero el cine la fascinaba y volvió a la pantalla en varios films rusos, entre ellos «El carnet amarillo», realizado

por los estudios Meschaprom, de Moscou, los mismos que produjeron «El camino de la vida». Posteriormente se trasladó a Berlín y allí fué donde conquistó la esquivada fama en «Los hermanos Karamazov», film realizado por la Terra Film y editado por la Tobis.

Con la tradicional aptitud de la mujer rusa para los idiomas, Anna aprendió rápidamente el alemán, y estudió después el francés para interpretar a las dos semanas una versión francesa de «Karamazov». Más tarde firmó un contrato por un año con la Ufa, para cuya compañía interpretó «Tempestad» y «Bombas sobre Monte Carlo».



Wallace Beery,
el buen camarada de Jackie.

¿QUÉ SENSACIÓN PRODUCE EL BESO ANTE LA CÁMARA?

He dirigido esta pregunta a varias actrices y galanes. Las respuestas ofrecen una gran variedad. Algunas me parecen sinceras; otras, en cambio, se me antojan más bien una excusa, un intentar salirse por la tangente.

De todas formas, resulta curioso este mosaico de contestaciones. Y, en cierto modo, aun dejando un margen a la insinceridad, definen el carácter y el temperamento de los consultados.

Empecemos por *Marlene Dietrich*. La gran estrella alemana me ha dicho:

«El beso ante la cámara me produce una sensación agradable, pero el galán de quien lo recibo nunca me interesa. No

por
MAGDA GREY

hay en mí ánimo de pecar con alevosía y sin exposición para la fidelidad conyugal.»

Greta Garbo, la originalísima estrella sueca me dice:

«A mí los besos me dejan fría. Lo considero un deber que me imponen, y procuro cumplirlo lo mejor que sé, dejando mi personalidad moral al margen de ese acto.»

Gary Cooper me contesta:

«Depende de quien sea la dama. Pero nunca pierdo la cabeza.»

Clark Gable:

«Yo lamento que haya tantos testigos presenciales. Si no ya sabría la

damita que a mí no se me provoca impunemente.»

Joan Crawford:

«El beso, en esos momentos, me parece un deporte, del que quiero ser campeona.»

William Powell:

«Lo saboreo cuanto puedo. Siempre es esto más agradable que hacer de traidor.»

Lily Damita:

«Cuando me besan, si el galán me gusta, tempo perder el sentido.»

John Gilbert:

«Cuando besaba a *Greta* me volvía loco. Cuando beso a otras, pienso en *Greta* y me vuelvo ca si loco.»

Gloria Swanson:

«A mí, si no me muer-



Rosita Moreno

ESTRELLA
DE LA
PARAMOUNT

sobresale entre las estrellas de la pantalla por la fina tersura de su cutis.

Usted también puede tener un cutis bello, suave, de una blancura como la nieve, usando la CREMA LIQUIDA "PATRICIAN" PARA LIMPIAR EL CUTIS. La consistencia de esta crema hace que penetre hasta lo más profundo de los poros, removiendo todas las impurezas que no es posible remover con agua y jabón. Esta rica crema tiene un perfume delicado, sublime, tenaz.

Todas las preparaciones "PATRICIAN" se venden en los principales establecimientos y se usan en los más renombrados salones de belleza, en todas partes del mundo.

PATRICIAN LABORATORIES LTD.
17 East 48th St. NUEVA YORK

**CREMA LIQUIDA
PATRICIAN**



Pida folleto de todas las preparaciones "PATRICIAN" a

**JOSÉ CLUSELLAS, Casanova, 210
BARCELONA**

Distribuidor general para España

Un beso en la nuca es mortal de necesidad, afirma Evelyn Brent.

den, me quedo indiferente.»

Robert Montgomery:

«Para mí el beso, en esas circunstancias, es una golosina. En privado, un aperitivo.»

Elissa Landi:

«Al recibir el beso siento la emoción de una novia.»

Y, finalmente, afirma *Evelyn Brent*:

«Un beso en la nuca es mortal de necesidad.»





LA pantalla nos está descubriendo constantemente caras bonitas.

Es más raro que nos revele artistas de verdadero mérito, de fuerte temperamento.

Pero en el caso de Rose Hobart el cine descubra una mujer bella y una actriz de exquisita sensibilidad artística.

Rose Hobart, que empezó de «extra», es actualmente una de las figuras femeninas más valiosas y atrayentes de los estudios de la First National, editora que selecciona es-

CARAS BONITAS

ROSE HOBART



crupulosamente a todos sus intérpretes.

La ascensión de esta preciosa muchacha ha sido rápida. Desde el primer momento demostró poseer cualidades extraordinarias para el séptimo arte. Y esas cualidades, me-

nos corrientes de lo que los no iniciados se imaginan, la han llevado al primer plano del lienzo de plata.

Ultimamente, Rose Hobart ha encarnado un personaje destacado del film «Suertes», de la First National, y el cual será presentado en España por Cinematográfica Almirante, distribuidora de todas las producciones de la citada marca.

Por cierto que la First la prestó a la Paramount para tomar parte en «El hombre y el monstruo».

OTRA VEZ MARLENE DIETRICH

por
GLORIA BELLO

Marlene y Clive Brook
en "El Expreso
de Shan-
ghai".



Anna May
Wong, otra
figura del
"Expreso
de Shan-
ghai".

Aquí
aparece
en "La
hija del
dragón".



HACE ya algún tiempo (en el calendario cinematográfico, unas semanas, unos meses, son períodos de tiempo larguísimo) que el rostro descolorido y los ojos glaucos de Marlene no se asoman a la pantalla en una nueva producción. Ahora, con el anuncio del próximo estreno de su último film «Shanghai Express», la magnífica figura de esta actriz reaparece ante nuestros ojos tal como la hemos visto en sus últimas películas, con toda su inexpressiva expresividad y todo su auténtico poder de sugestión, y nos acomete la impaciencia por volver a contemplarla interpretando un nuevo y a no dudar interesante tipo de mujer.

De Marlene, de su tan comentado «sex appeal», y de muchas de sus particularidades físicas e intelectuales, se ha hablado tanto, que bien podría llenarse unos cuantos volúmenes de una prosa encomiástica y abigarrada y de comparaciones y sugerencias muchas veces inoportunas.

Y es que si Marlene fuese simplemente lo que llamamos una buena actriz, no pasaría de ser una figura más en el vasto mundo

cinematográfico, tan lleno de figuras interesantes. Pero Marlene Dietrich es de esas actrices—en el cine se dan muchos de estos casos—en las cuales lo verdaderamente artístico es el espectáculo de su propia personalidad más que el de su arte, con ser éste muy apreciable. Marlene es de esas personas privilegiadas, cuya personalidad es tan original y artística inconscientemente, que se adivina siempre bajo cualquier papel que interpreta. El público gusta de la contemplación de su figura y de su rostro, a pesar de la arbitrariedad de sus indumentes, encantadores, de sus gestos desmadrados y su pasmosa tranquilidad, de sus ojos casi siempre dilatados en un espasmo de dolor, de alegría, de pasión, siempre idénticamente expresado y, no obstante, tan preciso y revelador.

No queremos decir con esto que Marlene deje de poseer como actriz un auténtico valor, sino todo lo contrario. En Marlene, que es una actriz esencialmente cinematográfica, a pesar de que comenzó su carrera artística en el teatro—el arte, más que una cualidad es una virtud inherente en ella—,

es la esencia de su propia personalidad. Marlene tiene un modo perfectamente característico de llevar a cabo sus magníficas interpretaciones. En lugar de hacer que su personalidad se adapte al papel que interpreta, diríase que hace que el personaje interpretado se adapte a su propia personalidad.

En su película «El Express de Shanghai», interpreta el papel de una bella aventurera en viaje hacia Shanghai, cuya personalidad misteriosa e intrigante destaca poderosamente en el marco exótico de la tenebrosa China. Con ella trabaja como protagonista masculino el ponderado Clive Brook en el papel del Capitán Harvey, cirujano del ejército inglés. Anna May Wong, la linda actriz oriental, interpreta un importante papel en esta película, en el que consigue, según noticias recibidas de América, la consagración definitiva en su carrera cinematográfica. Toman parte también en esta película actores tan notables como Warner Oland, el famoso intérprete de «El doctor Fu-Man-Chu», que se ha especializado últimamente en la interpretación de papeles

orientales; el alemán Gustav Von Sheifertz, que ya apareció frente a Marlene en el papel del jefe del Cuerpo de espías alemanes en «Fatalidad»; Eugene Pallette, como un cómico turista americano, y Emile Chautard, interpretando a un relamido coronel francés. Casi toda la acción de esta película se desarrolla en el interior de un tren que hace el viaje de Pekín a Shanghai, en el cual, entre todos los pintorescos personajes anteriormente citados, se desarrolla una trama enredada e intrigante, en la que se entrelazan una sorda lucha de razas y un amor fuerte y abnegado.

Suponemos que el público espera ya con



impaciencia que el bello rostro de Marlene, en el papel de Shanghai Lily (El Lirio de Shanghai), nos salude desde la pantalla con ese leve gesto suyo que sabe expresar maravillosamente un mundo de emociones contenidas.





El hombre y el monstruo

ha sido adaptado a la pantalla de la célebre novela de Stevenson, "El raro caso del Dr. Jekyll y mister Hyde".

El director de esta magna producción es Rouben Mamoulian, uno de los actuales valores del cinema mundial.

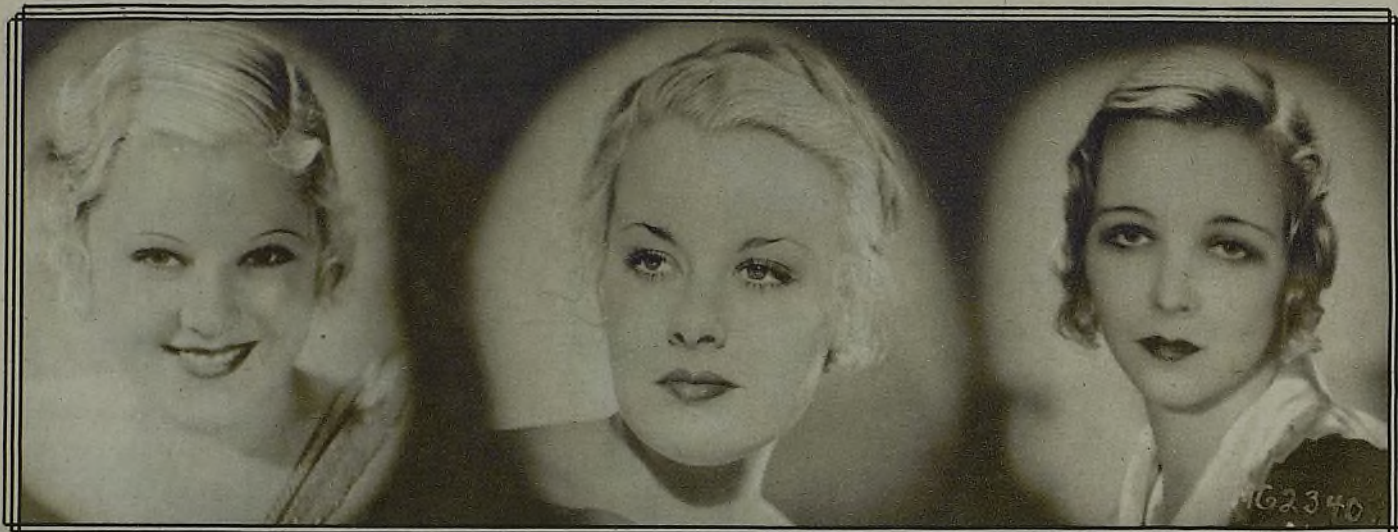
Los principales papeles han sido confiados a tres grandes artistas: Frederic March, Miriam Hopkins y Rosa Hobart.



LOS
GRANDES
FILMS DE LA
TEMPORADA 1932-33



Ayuntamiento de Madrid



De
izquierda
a
derecha:
Mary
Carlisle,
Joan
Marsh
y
Virginia
Bruce.

¿PREFIEREN LOS CABALLEROS A LAS RUBIAS?

por CARMEN DE PINILLOS



Hilera
de
arriba, de
izquierda
a
derecha:
Leyla
Hyams,
Karen
Morley
y
Anita
Page.

Hilera
de abajo:
Ruth
Selwyn,
Marion
Davies
y
Una
Merkel.

Al parecer, huelga la contestación. Anita Loos, en su famosa novela «Los caballeros las prefieren rubias», decidió el problema sin andarse por las ramas. Y revisando la lista de estrellas y artistas blondas de la Metro-Goldwyn-Mayer, parece que no solamente los caballeros, sino el público en general, tiene una marcada preferencia por las rubias beldades del cinema.

Encabezadas por Marion Davies, una de las estrellas más seductoras, hay un delicio-

so grupo de actrices rubias. Además de su belleza, que parece arrancada de un hermoso cuadro al pastel, ofrecen una diversidad de tipo y de talento artístico suficiente para llenar el reparto de todas las producciones filmadas en Hollywood.

Podemos calificar a miss Davies de «rubia radiante», porque ciertamente que irradiaba dicha y rayos de sol. Su cabello recortado en melenita, le cae en doradas sortijillas en torno de una nariz hecha a cincel y una boca de dientes deslumbradores. Miss

Davies posee también un agudo ingenio festivo, que ha usado con ventaja en muchas de sus películas.

Leila Hyams representa un tipo más serio de blonda. Aunque miss Hyams es de índole afable y cariñosa, tiene cierta reserva que le imprime un sello de serena y decorosa dignidad. Por ahora lleva Leila su rizada cabellera rubia muy recortada siguiendo las líneas de la cabeza. Intenta conservarla así durante los meses del estío en que se va a nadar todos los días entre las verdes

EL COLOR
DE MODA



La playa y sus deportes, encanto de la juventud, centro de elegancia, pero ¿y las quemaduras del sol que amargan todo placer?

Ya no hay que temer éstas, pues el

**ACEITE
BRUNISOL
MILADY**

(para broncear al sol)

da exactamente el color de moda y protege la piel conservándola fina y suave.

Si es usted veraneante de playa recuerde que su mejor amigo, este verano, será el

ACEITE BRUNISOL MILADY

Pídalo en perfumerías a 6 pesetas el frasco

De no encontrarlo en su localidad le será remitido contra reembolso pidiéndolo a LABORATORIOS PUIG - Valencia, 293 - Barcelona

olas del océano, frente a su propia casa en Malibu.

Anita Page encarna todavía otro estilo de belleza rubia. Es del tipo muelle y voluptuoso, con suaves tonos pastel que le prestan indecible encanto. A pesar de que hay profundidad y vigor en su temperamento, aparece tan femenina en sus maneras, que lo primero que atrae la atención es su dulzura.

Inteligencia y «savoir vivre» se reflejan en la blanca belleza que distingue a Karen Morley. Tan pronto como uno la conoce se siente agradablemente impresionado por su franqueza y sano criterio. Tiene una especie de reticencia que casi raya en timidez hasta que comienza a hablar. Toma las cosas con tranquilidad, lo cual revela una naturaleza de ardor latente, siempre bajo el dominio de la razón. Miss Morley usa el cabello con raya al medio. Es ondeado, pero no rizado, y ella se lo echa constantemente hacia atrás como si se tratara de conservar la clara visión de las cosas.

Una Merkel debería considerarse un tipo, «ardiente» de rubia. Posee todo aquello que expresa hermosura y sentimientos afectuosos; pero jamás permite que se deslice en sus modales ni aspecto la menor sugestión de voluptuosidad. Habla con un delicioso acento del sur. Su cabellera es de un rubio ceniciento, y por más seria que esté chispean sus ojos de alegría y de malicia. Casi podría llamarse «monísima» a miss Merkel, si no fuera por el hecho de que bajo esta apariencia regocijada, existe una rectitud a toda prueba.

Entre las recién venidas a Hollywood que todavía necesitan hacerse un nombre, se cuentan Virginia Bruce y Margaret Perry. Ambas siguen las huellas de sus afortunadas hermanas en arte, y se disponen a representar papeles mejores y de mayor importancia.

Miss Bruce, que antes

fuera corista en las producciones de Ziegfeld, es un poco más alta que las acostumbradas primeras damas. Tiene ojos azules, lleva su largo cabello rubio envuelto apretadamente a la cabeza y posee una hermosura etérea, de plácida expresión.

Miss Perry, actriz triunfadora en la escena, aunque todavía nueva en la pantalla, tiene lo que podría llamarse una belleza «picante». Su cabello es más obscuro que el rubio ceniciento, pero lo bastante claro para clasificarla entre las bellas blondas. Lleva el pelo en rizos apretados a la cabeza en una masa de sortijillas. Con tales rizos y su nariz ligeramente arremangada y ojos en forma de almendra, es una figura de belleza vivaz e inquisidora. Posee, sin embargo, cierta expresión meditativa que in-

conscientemente parece pedir compasión (que por cierto no la necesita). Y aunque tiene también humor festivo, es capaz de pensar seriamente cuando la ocasión lo requiere.

Joan Marsh, Mary Carlisle y Ruth Selwyn son artistas rubias que se han granjeado alguna reputación en el cine y están dotadas de aquel entusiasmo efervescente que sólo la juventud puede aportar a la pantalla. Aunque de índole totalmente distinta por ahora, las tres rubias bellas constituyen una linda adición a las filas de las «ingenuas».

Como se ha dicho antes, «Los caballeros prefieren a las rubias»... y los directores de reparto no constituyen la excepción. ¡Y, por otra parte, se esmeran en satisfacer los deseos del público!

Anita Page
es una rubia
del tipo vo-
luptuoso.



MARÍA ALBA, DAMA DE DOUG

La partida de Douglas Fairbanks de Papeete (Tahití) constituyó un acontecimiento tan importante como su llegada a las islas polinésicas, según declaró el popularísimo actor de la pantalla al llegar a San Francisco a bordo del «Monowai», vapor de la línea regular que hace el servicio entre Bay City y las Antipodas.

Cuando zarpó el «Monowai», el muelle estaba enteramente ocupado por los indígenas, incluyendo las cobrizas bellezas de los mares del Sur, los jefes polinésicos y sus descendientes.

El film narra las aventuras de un moderno Robinson Crusoe que, hallándose en una isla deshabitada, se instala allí lo mejor que puede y saca el mejor partido posible de cuanto le rodea a fuerza de perseverancia, en lugar de dejarse deprimir y abandonarse a su suerte.

«El tema del asunto—explicó Douglas—

de lujo del «Monowai», y en el entrepuente, en camarotes adecuados, se alojaban cuatro monos, dos loros y «Rooney», el perro favorito del astro, que en la película desempeña el importante papel del can de Robinson Crusoe. Entre los monos hay uno, «Gaga», el más osado de todos ellos, que por poco ocasiona un desastre en el yate «Invader», en el viaje de ida a los mares del Sur, por dejar abierto un grifo en el cuarto de baño y verter así toda el agua dulce. Más tarde, en la isla de Tahití, el travieso «Gaga» logró escapar



Aquí, el dibujante ha hecho un apunte de

Douglas Fairbanks, vestido de gaucha.

No faltaban, tampoco, representantes de la población caucásica y china de las islas.

María Alba, nuestra paisana, primera dama de Douglas en el film que éste acaba de hacer, fué agasajada y despedida por los polinésicos de Tahití que trabajaron a su lado.

Es éste el primer paso firme de María Alba en su carrera cinematográfica.

Cuando un actor del prestigio y la popularidad de Douglas Fairbanks la ha elegido para dama en su último film, al que concede una gran importancia artística, es que espera mucho de las cualidades y del temperamento de nuestra bella compatriota.

Ojalá que la Alba responda plenamente a lo que de ella se espera.

tiene por base el carácter resuelto de un moderno Robinson Crusoe que hace cara a las circunstancias con este lema: «Todo tiene arreglo en este mundo». En él se refleja el espíritu de la esperanza y el optimismo, la confianza en que la felicidad está al alcance de la mano cuando se sabe hallarla. Es la realización de nuestros sueños de niños, cuando una vez u otra hemos pensado hallarnos solos en una isla desierta a merced de nuestros solos medios.»

La compañía de Douglas, en su viaje de regreso a América, ocupaba ocho camarotes

abriendo el candado que sujetaba su cadena «con la ingenuidad de un relojero suizo», según expresión de Douglas, y para capturarlo hubo que trepar de árbol en árbol, recorriendo la cuarta parte de la extensión de la isla. Fué al fin apresado cerca del antiguo domicilio de Robert Louis Stevenson, para lo cual hubo que atraerlo hacia una trampa por medio de otro mono más dócil.

La falta de incidentes durante el viaje de regreso contrastó con el viaje a Papeete, en el curso del cual se produjeron varios, siendo el más importante de ellos que un camarero del «Makura» perdió súbitamente la razón y quiso saltar por la borda en un intento de suicidio. Amenizó el viaje de ida la diversión producida por la iniciación de los miembros



CLINIQUE DE BEAUTÉ. - Rambla de Cataluña, 5

de la compañía y otros viajeros que nunca habían cruzado el Ecuador hasta entonces en las ceremonias humorísticas en honor del Padre Neptuno.

Quedan todavía muchos metros que rodar del «Robinson Crusoe de los mares del Sur» en los estudios de los Artistas Asociados, pero son más que nada primeros términos, intercalados, etc., pero se dispone de suficiente cantidad de tiempo para hacer el «cutting» (cortado de la película), edición de la misma, etcétera, pues Douglas no piensa presentar el film hasta el próximo otoño. Entretanto, el yate «Invader», de Joseph M. Schenck, presidente de los Artistas Asociados, que fué uti-

lizado para cruzar por entre las islas polinésicas y que zarpó una semana antes que el astro y su compañía, había llegado ya a San Pedro de California.

Este yate soportó una terrible tormenta en su viaje de vuelta, y el capitán Haga, que lo mandaba, se vió obligado a dirigirse a Honolulu para reparar ave-

rias. Antes de esto había debido ya recalar en las islas Hawai para desembarcar un marinero que hubo de ser hospitalizado y operado de apendicitis, y después de abandonar a Honolulu el temporal le obligó a regresar a este puerto insular.

Y he aquí, en esta aventura, a una española bonita a la que se le ha dado la ocasión de pasar al primer plano del cinema yanqui con todos los honores, al lado de un actor tan influyente en la cinematografía americana como Doug, que ha elegido siempre para oponentes figuras destacadas como, por ejemplo, Bebé Daniels.



María Alba, nuestra linda paisana, dama de Doug en su último film.



La primera salida de Douglas Fairbanks

ANTES que él muchos otros han acariciado el sueño de embarcar un día en un buen buque, de recorrer el mundo y volver al cabo de largos meses, con el alma henchida de impresiones, lleno el espíritu de recuerdos.

Pero todos ellos han partido con un itinerario cuidadosamente estudiado, siguiendo fielmente la ruta de los grandes vapores.

El, Douglas Fairbanks, antojadizo y algo romántico, en este siglo de ásperas realidades, al abandonar California junto con sus compañeros, se confía a su sola inspiración, a su única fantasía para escoger el camino.

Cierta tarde, cuando el sol inunda Hollywood y los bungalows de Beverly Hills, con el resplandor de sus últimos rayos, se embarca con rumbo desconocido.

¿Adónde va? Simplemente, en busca de aventuras y quizás de la alegría allí donde la encuentre, pura y sana, en aquellos países de magia del lejano Oriente, las islas de Oceanía y la India misteriosa.

Y son estas andanzas que comenta Douglas con humorismo y «esprit», de un modo pintoresco y singularmente animado en su trepidante film «La vuelta al mundo en ochenta minutos».

Sylvia Sidney siente la emoción de ser madre

por JUAN DE ESPAÑA

U NA conversación con Sylvia Sidney es siempre interesante. Interesante por las ideas que ella pone en juego, en el curso de la charla, y por las que sugiere.

Encontrarse en Hollywood con una muchacha que prefiere aislarse para

meditar, en vez de concurrir a fiestas y lucir en ellas por su belleza, no es cosa corriente. Porque en Hollywood todo el año es carnaval. Hay aquí muy contadas personas que se exhiban sin careta, hasta el punto de que si se la

quitaran no las reconoceríamos por no haberles visto nunca su propio rostro. Hay también muy pocos sentimientos sin disfraz. El odio y la envidia se disfrazan de sonrisa; la indiferencia, de amor, y la simpatía, de pasión voraz.

La propaganda que se hacen los artistas para que su nombre no sea olvidado, se disfraza de aventura, de anécdota, de «flirt», de divorcio, de escándalo, de chismorreos. No es que la gente sea aquí más hipócrita que en cualquier otro lugar de la tierra; es que se tiene el hábito del disfraz, la costumbre de cambiar de personalidad frecuentemente.

¿Cuántos actores se encontrarían en Hollywood, que no hayan sido *gangsters*, príncipes, banqueros, militares, marinos o aventureros?

¿Y cuántas actrices no han sido esposas infieles, jóvenes raptadas o seducidas, muchachas enamoradas? ¿Cuál de ellas no habrá vestido alguna vez el traje de novia?

Así es Hollywood y no existiría si intentase ser de otro modo.

Por eso es más raro hallar en este ambiente, formando parte de él, a una mujer que, como Sylvia Sidney, es excepción y negación de Hollywood.

Visité a Sylvia en su hotelito. Me recibió en la biblioteca: una estancia reducida, casi cuadrada, con cuatro estanterías de roble que cubren las paredes hasta la mitad de su altura.

Cuando llegué, Sylvia leía a Montaigne, del que tanto gusta nuestro Azorín.

—Perdone que venga a interrumpirla en su lectura—le dije.

Ella sonrió levemente, comentando:

—No encuentro nada tan apetecible como un buen libro. Los que me juzgan una mujer extravagante y triste, no saben cómo goza mi espíritu con la lectura y con la meditación.

Respondo con una vulgaridad:

—Los libros son, efectivamente, los amigos más fieles. Sin embargo, no conviene entregarse a ellos por entero; actúan, en determinados momentos, como un veneno.

—¡Pero son una droga tan exquisita!... ¿Se atreverá usted a comparar cualquier estupefaciente con el veneno del libro? ¿Qué paraíso artificial es comparable al que nos transporta Montaigne, por ejemplo?

—Tiene usted razón. Y, no obstante, después de charlar en silencio con un buen libro, es conveniente hablar con los hombres. Las ideas, cuando no les da el aire de la calle, acaban empozoñando el cerebro y el espíritu.

Sylvia queda unos segundos silenciosa, y replica:

—Acaso... Algo de esto me ocurre a mí. Soy pesimista, siento desgana de vivir. Lo noto en que no me asusta pensar en la muerte como a la mayoría de los mortales. Al



1230-153

contrario, se me antoja como una recompensa que tarda en llegar, me la imagino como un doncel que, llegado el instante de la liberación del espíritu, preso en esta cárcel de los huesos y de la carne que los envuelve, nos acogerá dulcemente, amorosamente, en sus brazos de sombra para poseernos ya para siempre.

Me asombra oír expresarse así a esta muchacha llena de juventud, bonita, codiciada y ya gloriosa por su arte fino y pleno de humanidad. Y le pregunto de súbito:

—¿Ha estado usted enamorada alguna vez, miss Sidney?

—No, nunca.

—¿Y no cree usted que le convendría enamorarse?

—Eso me aconseja mi médico. ¿Pero cree usted que basta con desearlo? Es un específico que se aconseja muy fácilmente, pero que no se encuentra en las farmacias.

—Bastaría, en principio, un «flirt». El «flirt» es la dosis mínima de ese medicamento. Luego, acostumbrada ya a esa pequeñísima dosis, necesitaría otras más fuertes. Y estaría salvada.

—O perdida. Tras el amor acechan la indiferencia y el hastío. Me da miedo pensar en ello. Yo soy una mujer de sentimientos hondos. Si me enamoro será con vehemencia, con violencia. Y un engaño, un desafecto, una traición, abrirían en mi alma una herida incurable.

Sylvia habla con convencimiento, con firmeza. No obstante, tengo la im-

presión de que sus opiniones no nacen de un fraude que le haya hecho la vida, sino más bien de un pesimismo que no se explica en una muchacha que, como ella, ha logrado todo, o casi todo lo que se proponía.

Intento hacerla reaccionar, deseo vehementemente que esta criatura singular, llena de inteligencia y en la plenitud de su existencia y de su arte, salga de esa zona en sombras del pesimismo. Y le pregunto:

—¿Y por qué la han de traicionar?

—Porque se traiciona siempre. El amor, al que sigue, fatalmente, la desilusión, lo soportan muy bien las personas capaces de reincidir, de pasar de unos brazos a otros, de recibir en los labios besos dados por bocas distintas, pero yo, no. Yo necesito un amante tan fiel como

un libro, o tan constante como la muerte. Y en la vida, todo pasa, todo envejece.

—El amor salva siempre a las criaturas tan maravillosas y sensibles como usted, Sylvia.

—No sé cómo—me contesta, desconfiada.

—Sí, salva siempre—insisto—. Porque el amor del hombre se prolonga en otro más puro: en el amor al hijo.

Sylvia Sidney se me queda mirando con insistencia. Me aturde, me trastorna la mirada de estos ojos tan distantes entre sí y tan bellos, de estos ojos que abarcan más cuando miran que otros ojos colocados en la cara a una distancia normal. Luego, muy seria, me dice:

—Me ha convencido usted. Me esforzaré por enamorarme. ¡Un hijo vale más que una teoría!

Y he aquí, a Sylvia Sidney, una mujer ante todo, sintiendo en sus entrañas la emoción de una vida que un día puede latir en ellas.

Hollywood, 1932.



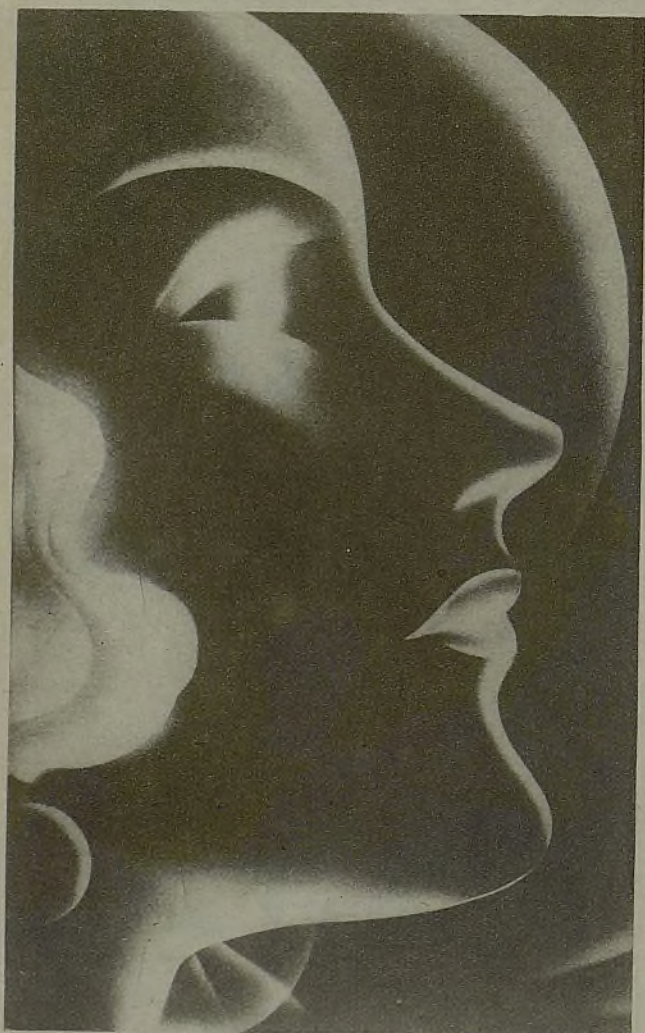
Maureen
O'Sullivan
con el som-
brero con
que se ha
presentado
en la playa
de Santa
Mónica.



Una
Merkel,
con un ori-
ginal som-
brero chino, com-
plemento de su
traje de ba-
ñista.



Fotos
Metro-Goldwyn-
Mayer.



¿PINTADO o NATURAL?

De lo elegante a lo ridículo sólo hay un paso. Cuida, pues, de los pequeños detalles, si quiere ser admirada por su belleza natural.

El Colorete y el Lápiz para labios Gemey son dos productos que harán resaltar sus encantos.

Son tan puros y sus colores tan vivos y suaves, que nadie puede distinguirlos del color natural de la juventud.

Embellecen sin perjudicar, otro detalle que debe tener muy en cuenta.

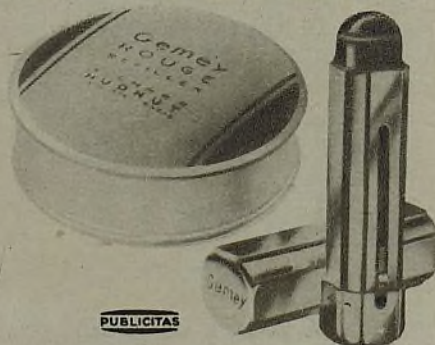
COLORETE Y LAPIZ PARA LABIOS **Gemey**

R I C H A R D
HUDNUT

Colorete: Ptas. 3.00 - Lápiz para labios: Ptas. 6.75 (Timbre aparte)

OTRAS CREACIONES **Gemey**

CREMA DE NOCHE
CREMA VOLÁTIL
CREMA LÍQUIDA DE PEPINOS
POLVOS, COLONIA
LOCIÓN, EXTRACTO
BRILLANTINA
TALCO
POLVOS REFRESCANTES



PUBLICITAS

EL PROBLEMA DE LA PROPIEDAD EN EL ARTE

De todas las artes, la que más ha sufrido las consecuencias nocivas de la propiedad, ha sido, sin disputa, el mal llamado Séptimo Arte, y que al decir de Sánchez Diana debiera llamarse Primer Arte y yo llamaría Único Arte.

Contemplemos con mirada observadora el triste panorama de la producción cinematográfica. No percibirán nuestros ojos más que cadenas y redes que la tienen maniatada de tal guisa que es forzada la violencia para descubrirla. Es necesaria una disección para encontrar este arte que por ser tan sublime es destructor y por ambas cosas esclavo. Sí, lector, esclavo de intereses repugnantes e indignos que luchan por perpetuarse, pero que no lo conseguirán: ¡no faltaba más! Morirán, y con ellos otras cosas que no vienen al caso.

Basta discurrir un poco sobre el proceso genésico de la obra de arte para ver en toda su amplitud la enorme monstruosidad de este concepto.

El artista es la antena que recoge con su sensibilidad todas las vibraciones del mundo para plasmarlas en una realidad perceptible por los sentidos. A él van a parar todas las emociones, sentimientos y aspiraciones del pueblo—entendiendo por pueblo, no al conjunto de todos los individuos sin distinción en sentir de Rousseau, sino la reunión de los individuos que no son una rémora para el desenvolvimiento histórico de aquellos que no sólo viven, sino que ansían vivir y perpetuarse.

La masa vive emociones que los individuos aisladamente apenas perciben por ser emociones que no se dan individualmente, sino en ese ente resultante de la unión de todos, verificada por móviles varios—siempre nobles y útiles—. Estos no han tenido tiempo, por ser actores, para conocer el hecho emocional, pero tienen de él noticias y lo desean, no tanto para recrearse en él como para le-

garlo a la posteridad como exponente de su paso por el mundo, y gozan la ilusión, mejor dicho, la realidad de haber sido actores de un hecho que ha de servir de ejemplo a las generaciones futuras.

Y surge el artista que en el laboratorio de su imaginación concibe, con los materiales recogidos por su sensibilidad exquisita, una idea artística, la idea tipo, que luego plasma en una realidad de tal manera hecha que irradia esas mismas emociones, sentimientos y aspiraciones y las derrama dándoles un carácter de educación conducente a una noble perfección espiritual.

Vemos claramente que en la formación de la obra de arte concurren dos elementos: masa y artista, y que, por tanto, a ellos solos corresponde su nuda propiedad. Existe entrambos una relación de préstamo. El segundo recibe del primero los elementos necesarios para producirla, sin los cuales no la podría hacer. Y éste recibe del segundo la obra ya hecha.

Y si aún se me forzara diría que es el pueblo el único propietario, porque el artista nace de él del cual se separa para concebirla y realizarla y, una vez producida, deja de ser artista para confundirse con el conjunto de individualidades que lo constituyen.

No obstante, se interpone el magnate capitalista y se erige en dueño y señor de las producciones cinematográficas—estamos tratando sobre cinema—y se arroga la potestad de escoger los motivos artísticos, de coartar la libertad del artista señalándole normas de realización, y lo que es aún más monstruoso, se hace censor y la modifica y reforma a su antojo, siempre, claro es, al dictado de sus intereses.

Con este estado de cosas, ¿qué acontece? Lo que estamos viendo. Se producen mercancías artísticas, mejor dicho, industriales, las que se nos quiere hacer pasar por obras de arte. Y el Arte enferma, y se desmaya,

y muere. Y es en nosotros un imperativo el evitarlo. Tenemos la sagrada obligación de luchar por la consecución de su libertad, y el que a ello no coadyuve, caiga sobre él el anatema del desprecio de todos los que deseamos un Arte libérrimo.

Afortunadamente se van notando ya síntomas de emancipación. Y no puede ser de otro modo, pues en la lucha entre la industria y el Arte vence aquélla en la apariencia, mas en la realidad es ésta quien vence, como ha dicho con gran sutileza Mateo Santos, ese forjador de rebeldías en el crisol de su prosa castiza y recia. Y añade con una asombrosa penetración: «Las grandes fábricas de películas las ha hecho el dinero. Pero los grandes films, esos que perduran en el tiempo, los que elevan las imágenes a misión pedagógica e influyen en la marcha social de los pueblos, los ha hecho el Arte».

De un gran valor sintomático es la existencia de un pueblo que ha logrado arrancar de las viles garras del capitalismo el Arte y especialmente el cinema, elevándolo a una categoría insospechada y desconocida. Este ha sido el pueblo ruso: más exactamente, el pueblo socialista soviético, el cual no ha hecho otra cosa que realizar las ideas luminosas del ínclito León Tolstoi cuando, en una intuición propia del genio, decía: «El cinematógrafo debe expresar la verdad rusa en todas sus formas y de la manera más exacta. Debe registrar la vida tal como es, sin deformarla en traducciones fantásticas.»

Mas para esto es necesario mucho; tanto, por lo menos, como ha hecho ese pueblo, pesadilla de los capitalistas. Pero no desmayemos ante la ingente obra a realizar. Ya nos remunerará nuestro esfuerzo con la contemplación de un Arte libre de las vergonzosas huellas de las cadenas de la esclavitud.

JUAN M. PLAZA

Valencia, julio 932.

Baños de Sol...



Deliciosas horas de playa; agua, aire, sol, piel que va adquiriendo un bello color bronceado... Pero a menudo, después de esta delicia, viene la desazón de la piel ardorosa, la fealdad de las manchas, el dolor de las llagas...

Para que la acción de los rayos solares no lastime su piel, aplíquese, después del baño y antes de acostarse, una buena capa de Crema de Hollywood Evelyn's en las regiones más castigadas por el sol. En seguida le invadirá una gran sensación de frescor, el ardor desaparecerá y con él el peligro de una noche de molestias.

Crema de Hollywood Evelyn's es una excelente crema de tocador. Indicadísima para toda persona de cutis delicado, y en particular para excursionistas, automovilistas y todo aquél cuya piel queda expuesta a las inclemencias del tiempo. Suavísima como masaje después del afeitado.

crema de hollywood
evelyn's

• (LA AMIGA DE LA PIEL)

NOTA: Si le resulta difícil adquirirla, remita Ptas. 3'75 a los concesionarios: Dr. Andreu-Rambla de Cataluña, 66, BARCELONA, y recibirá un tubo por correo certificado.

"Ensueño"

Vals

De Roldán Cendisuelo

I

Mod.^{to}

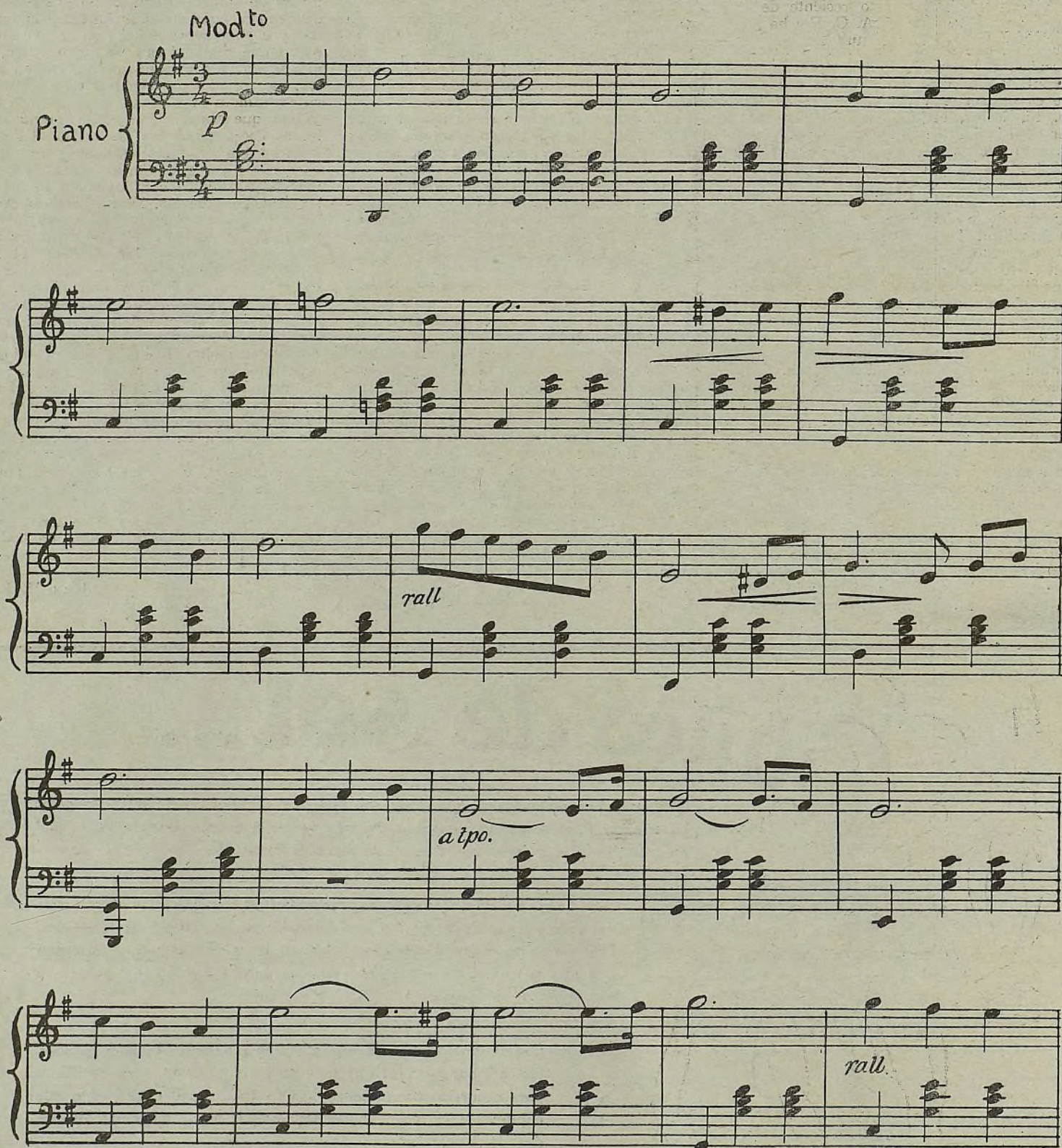
Piano

P

rall.

a tpo.

rall.



**SI ES VD. COMERCIANTE
O INDUSTRIAL**

necesita para la propaganda de sus artículos de un medio rápido, eficaz y de muy extensa difusión.
Su mejor agente de
publicidad y el por-
tavoz de sus pro-
ductos será siempre

POPULAR FILM

AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

ACTIVIDADES DE LA "A. C. E."

Adquisición de un aparato multicopista

CUMPLIENDO un acuerdo reciente de la Junta Nacional, la «A. C. E.» ha adquirido un aparato multicopista moderno, marca «Triunfo», de fabricación nacional, cuyo coste es de seiscientos pesetas.

La compra ha sido realizada para empezar este mismo mes los trabajos de impresión por este sistema de los cursillos de enseñanza cinematográfica que se vienen dando en el local social de Barcelona, con objeto de que en las poblaciones donde hay Delegado pueda éste organizar dichos cursillos para los socios de su grupo y para remitirlos directamente a los socios en aquellas localidades donde no haya Delegado.

Tenemos que advertir que los asociados que no estén al corriente de sus cuotas no recibirán dichos Boletines y serán dados de baja definitivamente, según se anunció en el número de POPULAR FILM aparecido la semana pasada.

La demostración del equipo sonoro portátil "R. C. A. Photophone", constituyó un éxito

El día 9 del actual, por la noche, en el domicilio social de la «A. C. E.» en Barcelona, se efectuó la prueba de un equipo sonoro portátil, marca «R. C. A. Photophone», cedido para esta demostración por la «Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas».

Nuestro distinguido amigo, don Emilio Calvo, jefe del Departamento Photophone y que pertenece a la «A. C. E.» nos explicó detalladamente las características del aparato, de construcción sólida, de fácil manejo y de perfecta limpieza auditiva.

Se proyectaron cuatro cintas de 16 milímetros a banda (reproducción del sonido por sistema fotográfico), todas ellas admirables, siendo difícil determinar cuál de ellas nos gustó más, pues son de distinto asunto y estilo.

Sin embargo, por su realización, destacaremos la documental sobre la construcción de un túnel a través de imponentes montañas y la de dibujos, graciosísima y de efectos sonoros muy cómicos.

La demostración fué un éxito rotundo para el aparato, que aun construido para particulares, tiene una amplitud y limpieza sonora no menor a la de muchos grandes y costosos equipos instalados en los cinemas.

Ensayo de una película

Se están ensayando activamente las escenas de un argumento original de Mateo Santos.

El asunto tiene una gran envergadura dramática y un hondo sentido humano, y no dudamos que su realización cinematográfica podrá servir de base para la orientación definitiva del cinema hispano.

De esta película se filmará primeramente lo que podríamos llamar un borrador mudo con objeto de poder apreciar si los intérpretes encajan bien en los personajes y para subsanar las deficiencias técnicas que pudiera tener, antes de comenzar su realización sonora.

Para cada personaje de la cinta se está ensayando a diferentes socios y entre ellos se elegirá después a los que a juicio de un Jurado, que se nombrará oportunamente, realicen una labor artística más depurada.

A los Delegados

Sería conveniente que los señores Delegados envíen cuanto antes a la Junta Nacional una lista de socios de sus respectivas provincias, indicando cuáles cumplen sus de-

beres, así morales como materiales para la «A. C. E.», y cuáles no.

A la vez deben comunicar a los socios que representan envien cuanto antes su foto y datos consiguientes para el fichero.

Fotografía y datos para el fichero

Una vez más se ruega a todos los socios, así de nuestra ciudad como del resto de España, que envíen a la Secretaría de la «A. C. E.» en Barcelona, Ronda Universidad, núm. 1, 1.º, 1.ª, su fotografía y los

Bases para el Concurso de argumentos de la "A. C. E."

LA «A. C. E.» abre un Concurso de argumentos filmables entre sus asociados, según las Bases siguientes:

- 1.ª Tema: libre.
- 2.ª Extensión: no pasará de siete cuartillas corrientes, escritas a máquina, sin interlinear, ni será menor de cinco.
- 3.ª Escenario: exteriores.
- 4.ª Se hará intervenir el mayor número posible de personajes, con tal de que puedan tomar parte todos los elementos de la Agrupación.
- 5.ª La duración del total de las escenas no pasará de cuarenta minutos.

OBSERVACIONES

El cine moderno es, ante todo, plástica y dinamismo. No literatura. No teatro.

El cine es acción, movimiento, expresión, imagen viva: es síntesis de vida tondida al infinito.

El jurado revisará detenidamente todos los ARGUMENTOS PRESENTADOS y seleccionará, con buen criterio, aquellos que mejor se ajusten a sus condiciones filmicas, sin más rigorismo que las posibilidades de realización de la Agrupación.

Se rechazarán aquellos argumentos que no se ciñan a las Bases del Concurso y que no reúnan los elementos cinematográficos indicados, y las que, reuniéndolas, contengan más literatura que acción.

Los argumentos se mandarán bajo sobre cerrado a nombre del Jurado de la «A. C. E.», firmados con el nombre y apellido, e indicando el número de socio que le corresponde.

Los que vinieren avalados con un lema, sus autores acompañarán en sobre aparte el nombre propio e indicando, como es de suponer, el número de socio.

Este Concurso quedará cerrado el día 31 del corriente mes de julio.

SUSCRIPCIÓN PRO-CÁMARA

Apetición de varios socios de Barcelona se abre una suscripción con objeto de adquirir una cámara tomavistas y empezar cuanto antes la realización de films de la «A. C. E.».

Hasta ahora se han recibido las siguientes cantidades:

Don Mateo Santos	Ptas. 10'—
» Adolfo Ballano	» 1'—
Srta. María García	» 2'—

datos que a continuación se señalan: Estatura, peso, edad, color de los ojos y del cabello y conocimientos artísticos y deportivos que posean.

Advertimos que sólo así podrán ser elegidos en principio, llegado el momento, los que hayan de tomar parte en las películas que realice la Agrupación.

Conviene, además, que nos digan terminantemente, a cuál de estos grupos desean pertenecer: intérpretes, directores, operadores o argumentistas.

A los que no les interese cosa tan esencial, es que no sienten verdadera afición por el cinema, y éstos nada lograrán ni nada tienen que hacer en la «Agrupación Cinematográfica Española».

Don Baltasar Giménez Flores (Vera)	Ptas. 100'—
» Ricardo Pons	» 1'—
» Antonio Doménech	» 1'—
» Carlos Tomás	» 13'—
» Ramón Pascual	» 1'—
Srta. Pilar Barrachina	» 2'—
» Rosita Anglés	» 2'—
Don J. Camps	» 1'—
» José Estradera	» 2'—
» José Albareda	» 13'—
Srta. Elena Solís	» 2'—
Don Carlos P. Llopard	» 1'—
Srta. Luisa Visasillas	» 2'—
Don José M.ª Lera	» 3'—
» Francisco Compte	» 3'—
» Vicente Navarro (Valencia)	» 2'—

Los que deseen contribuir a la adquisición de la cámara deben apresurarse a hacer sus envíos de dinero en metálico a nombre del Presidente de la «A. C. E.», Ronda Universidad, núm. 1, 1.º, 1.ª.

No hay cantidad pequeña si la voluntad es grande.

Estafeta de la "A. C. E."

Ramiro Mir Bonet.—Paterna (Valencia).—Tomamos nota. Los Estatutos están encargados de repartirlos los Delegados. En aquellas localidades donde todavía no ha sido posible nombrar Delegado, desde luego los socios se entenderán directamente con el Comité Nacional. Cuando pase usted a pagar el recibo del mes, reclame un ejemplar a nuestro Delegado.

Santiago Garrido.—Valladolid.—No tenemos Delegado todavía en esa localidad. Puede usted mandar su adhesión llenando el boletín. Mande con el boletín de inscripción dos fotografías tamaño para carnet, indicando edad, estatura, peso, los deportes que domina y cualidades artísticas.

José Herreros Díaz.—Albacete.—Recibido el retrato y el importe del carnet. Mande otra foto para el fichero. Tenga en cuenta lo que le decimos a Santiago Garrido.

Vigésimaprimer lista de la "A. C. E."

552. D. Francisco Valdivia.—Berja (Almería).
553. » Juan Padilla.—Melilla (Málaga).
554. » Cándido Trócoli Costi.—Sevilla.
555. » José Jiménez.—Berja (Almería).
556. » Manuel Laporta.—Villarreal (Castellón).
557. » Juan Juncosa Prieto.—Barcelona.
558. » Antonio Amorós Palacios.—Barcelona.

AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

D. domiciliado en.....
provincia de, calle número
solicita su ingreso como socio en la AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA.
..... de de 1932.
Firma del interesado:

Cuota mínima:
3 ptas mensuales.

NOTA: La solicitud del ingreso a nombre del Presidente de la «A. C. E.», Ronda Universidad, 1, 1.ª



• popular film •

Miserias y grandezas del cinema

por PEDRO SÁNCHEZ DIANA

Exposición

Todo aquello de verdadera importancia, todo aquello de personalidad definida, posee miserias y grandezas.

El primer arte no podía librarse de ello. Por su misma condición de arte, estaba en peligro; tiene seres buenos y seres abyectos; como la vida, está expuesto a infinidad de peligrosos obstáculos, miserias, y sometido a continuas fluctuaciones, grandezas.

El cinema ha sido motivo para que revele el hombre una vez más su naturaleza; ha servido una vez más para probar el valor del oro; ha demostrado que el hombre está moralmente supeditado a la bestia.

Las bestias quedan absortas ante los milagros de la Naturaleza; el público congregado en el Palacio de la Prensa, de Madrid, protesta «Romanza sentimental».

La bestia-hombre, ante el espectáculo de la vida, que no es más que el símbolo de la Naturaleza, pateo y silba, es incapaz de comprenderla. Su mentalidad, atrasada, no puede comprender la categoría sublime del arte. Unos, en verdadero sacrilegio, lo explotan; otros, se valen de él para deshonrar la pluma; otros, en fin, olvidan el deber del periodista para los lectores.

Seres que llegaron a representar algo en el cinema, ante los intereses monetarios perdieron toda dignidad personal y todo respeto a sí mismo; otros, en caída inexplicable, creyeron en su engrandecimiento ser un nuevo valor, y es necesario que, excepto ciertos seres geniales, los demás sean expulsados del cinema.

¡El cinema! Esta palabra mágica y llena de vacilaciones para nuestros padres, es para nosotros un verdadero símbolo. Todas las artes se hallan fundidas en él, todos los pueblos latén al unísono ante sus creaciones. Es, en fin, el arte del porvenir.

El cinema como pacifista—Pabst—, como libertador—Pudovkin—, como satírico—Clair—, ha invadido el mundo. El cinema de vanguardia—Jean Epstein, Robert Wiene—lo invadirá.

Lo que el cubismo actual es a los detallistas del pasado siglo, es el cinema de vanguardia al actual, y éste a la pintura, a la música y a la literatura.

Habrán un día, no muy lejano, en que todos los artes serán uno sólo: el cinema.

Llegará, es seguro, pero cuando sean extirpadas las miserias y conocidas las grandezas; cuando se exoneren las primeras y se exalten las segundas, entonces el cinema será único.

La miseria se encontrará en los realizadores, en la crítica y en el público. En el público, por su deficiente educación; en la crítica, por su cinismo, y en los directores, por su labor. Habrá quien los defienda diciendo que son exigencias de la casa productora, pero si todos se negaran a atentar al primer arte, muy diferente sería la situación actual del cinema; pero todos son hombres y como tal incapaces de sacrificar sus intereses al arte.

El realizador

He aquí un hombre de vital importancia para una cinta.

Cargo de extraordinario valor artístico y que, sin embargo, es el ser de quien menos se ocupa la masa, para la que es un señor al que conceptúan poco más que a un apunador, ignorando que es el primer factor del éxito.

Esta es una de las miserias del cinema: el incógnito del realizador.

Lo conocen muy pocos, escasos en número que saben bastan su nombre y su influencia para el éxito y por eso es su nombre el primero que buscan en los carteles y o no lo

encuentran o está en letras pequeñas, difícilmente pequeño, como si no se atrevieran a nombrarlo, y en cambio, los intérpretes figuran en enormes titulares en la fachada, nombres luminosos casi siempre, en proporción inversa de su valor.

Van Dyke: «Sombras Blancas», magnífico film pleno de sátira para la raza blanca, intenso asunto muy bien llevado.

Lewis Milestone: un señor con pretensiones de director, del cual sólo diremos que es el realizador de ese engendro que se llama «Sin novedad en el frente», el film con más propaganda y de más ruidoso fracaso para el sentido común.

Milestone va a filmar «Después», de Erich M. Remarque. Lo que sentimos es que Remarque haya perdido el pleito contra la Universal, que entabló cuando vió su colosal novela en la pantalla.

Remarque quería darle «Después» a Joe May y de intérprete a Gustav Fröhlich; creo que el cambio era elocuente: por un lado ineptos y engreídos, por otro Europa, hombres de talento y de corazón.

Existen también infinidad de directores que nos regalan los oídos con cencerreadas diversas; esos constituyen la miseria de los realizadores y permanecen en su puesto inexplicablemente para mayor intoxicación del público.

En cuanto a las grandezas del cinema, tenemos a Wesley Ruggles, James Whale, Johannes Meyer, Starewich, Stvijewsky, y otros a los que no se conocen por la sencilla razón de sus films de temas profundos, temas humanos.

Son ante la masa seres incógnitos por la desigual e injusta propaganda.

Unos muy divulgados y pésimos, otros magníficos y en la obscuridad.

Propaganda nunca tan injusta e indebida.

Todo el mundo sabe quien es Carlos Gardel y nadie sabe quien es Gustav Diessel.

Crítica

El crítico necesita, en primer lugar, tener un amplio conocimiento de la materia que critique, y muy pocos críticos españoles tienen ese conocimiento.



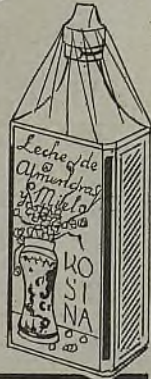
y conserve la cara joven usando a diario la Leche de Almendras y Miel

ROSINA

que limpia el cutis, lo blanquea y evita las arrugas.

Se vende en Perfumerías y Farmacias a Pts. 5'00 Frasco

UNITAS, S. A.
Librería, 23 - Barcelona



Todos los falsarios del cinema parecen haberse reunido en Madrid, con las únicas excepciones de Barbero, Pizarro y Cabello.

Fernando G. Mantilla tiene sus cosas buenas y sus cosas malas; pero algunas veces se emociona demasiado por el valor de un film.

Cabello, asimismo, algunas veces yerra, como por ejemplo, al afirmar que «Cimarrón» carece de asunto.

Carecer de asunto uno de los pocos films americanos que pueden sostener la comparación con una buena película europea, un film que ha alcanzado el tercer premio en Alemania y el primero en Estados Unidos.

Entre los detestables están en primer lugar «Sono» y Aguilar, con Micón, de «Ahorra», magníficos mostrencos cargados de pretensiones, pseudocineastas colosales, cuya cultura literaria es tan inmensa, que saben que «La Dama de las Camelias» es de Víctor Hugo (?) y que el director de «Ben-Hur» era Rex Ingram (?), que el compañero de Navarro en la citada cinta es Robert Montgomery (?), y que dijeron asimismo, al pie de una fotografía de «El puente de Waterloo», de James Whale, y en la cual se veían a sus intérpretes vestidos a la moderna con una lámpara de gas y un fusil moderno, etc., etc., que aquella cinta describía el final del imperio napoleónico, y sabido de todos es que dicha escena y dicho film trata del bombardeo de Londres por los dirigibles germanos. Creo que éste es suficiente elogio para dichos colosales críticos (?).

Luego están Pérez Camarero, de «La Libertad»; Cabero, de «El Liberal» y «Heraldo», y Montenegro, éste de magnífico optimismo, pues desde hace cinco años todas las películas le parecen perfectas y, además, tuvimos la mala suerte de que se sentara cerca de nosotros cuando el estreno de «Luna de miel», de Von Stroheim, y al día siguiente leímos la portentosa crítica que hizo el insigne Montenegro en el «Imparcial», donde tiene el heroísmo de firmar sus trabajos, y elogió lo que el día antes pateó. Yo la elogí también, pero el día antes tuve el placer de hacerlo ante los que la protestaban en el Palacio de la Prensa.

Y desde aquí doy las gracias a tres espectadores más del cine que me ayudaron: uno, soldado de Intendencia; los otros dos no los vi, pero desde aquí mis más fervorosas gracias por su gesto comprensivo.

E. Cervantes, de «El Sol», mal crítico, peor escritor, que elogió todo sin verlo, cualidad extraordinaria.

Y en cuanto al de «La Nación» e «Informaciones», ni hablar.

Público

El público, la masa espectadora que da el triunfo o lo quita, que humilla o eleva, que desespera o da inmensa alegría, esa masa anónima que a pesar de ser mayoría es adulterada e intoxicada fácilmente.

No hay cosa más difícil que torcer el curso de un río arrojándole piedrecillas y, sin embargo, es deber de todo hombre que como tal sienta el cinema, el intentarlo. En esa multitud incomprensiva, a la que sacrifican muchas veces el arte como un ídolo monstruoso, existen seres que intentan a veces luchar contra ella, convencerla de su error, verdaderos apóstoles de esa religión moderna que se llama cinema, pero es imposible. El hombre, una vez acostumbrado a un concepto, a una idea cualquiera, se aferra a ella con tan extraordinario vigor, que es obra de titanes y de siglos extirparla del cerebro.

(Continuará)

LA CALLE

Producción United Artists

Protagonistas: Sylvia Sidney, William Collier Jr. y Estelle Taylor. — Ediciones Bistagne

(Continuación)

—Es que hoy se ha dado un hartón de trabajar y está cansado.

La señora de Jones sentenció:

—Todos los hombres son iguales. Cuando las cosas no salen como ellos quieren, no hay quien los aguante.

—¡Eh, eh!—protestó el marido—. Haz el favor de respetar al sexo fuerte.

—Es una pena que no tengamos todos la paz que nuestra alma necesita—dijo Ana en son de lamento.

—El matrimonio, vecina—manifestó la señora de Jones—, es como la lotería. Unos encuentran en él la felicidad y otros la desgracia.

Y añadió subrayando las palabras:

—Por eso es preciso que cada cual sepa conformarse con su suerte.

—Es muy fácil hablar así cuando no se echa nada de menos. Pero cuando no se sabe lo que es una hora de paz ni una palabra cariñosa, el alma más heroica se rebela.

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando un joven, vestido con cierta negligencia y ostentando en el rostro huellas de haber envejecido prematuramente, se mezcló al grupo.

Aquel joven era Sankey, el hombre acusado por las señoras de Jones y de Olsen de hacer visitas misteriosas a Ana.

En efecto, algo de eso debía de haber, pues cuando Sankey saludó, la única que no contestó al saludo efusivamente ni le miró fué Ana. Evidentemente, rehuía cruzar con él una mirada en la que tal vez la turbación la habría delatado.

Sankey se expresaba con cierta simpática desenvoltura.

—Buenas noches, señoras y caballeros.

Y apenas le hubieron contestado, exclamó:

—Si es verdad que hay fuego en el centro de la tierra, dudo que allí se esté peor que aquí.

—En Chicago han muerto seis a consecuencia del calor—declaró el señor Jones.

—Y lo malo es que el calor aumenta la venta de la leche, y como consecuencia, mi trabajo.

—¡Ya, ya!—convino la señora de Jones—. Se hartará usted de cobrar recibos. Apenas se descuida una, hay que tirarla y comprar más.

—Además—explicó Sankey—, como dicen que la leche apaga la sed...

—Eso es un cuento que han inventado ustedes para vender más.

—Yo no tengo por qué inventar nada, señora, porque no soy más que el cobrador de la lechería, y el mismo sueldo tengo cobrando dos que cobrando veinte.

Ana preguntó:

—¿Ya está bien su esposa, señor Sankey? Me dijeron el otro día que estaba enferma.

Las señoras de Jones y de Fiorentino cruzaron una mirada de inteligencia. Por el modo que tuvo Ana de subrayar el señor, comprendieron que había pronunciado aquellas palabras con el único propósito de disimular.

Sankey se quedó un momento parado. Su esposa estaba completamente sana. Pero en seguida se sobrepuso a su sorpresa.

—¡Ah, sí! Fué el mes pasado. Ya no me acordaba de que estuvo en cama unos días. Pero no fué nada importante. Ahora está completamente bien.

—También tiene usted hijos, ¿verdad, señor Sankey?—preguntó la señora de Jones aprovechando la ocasión.

—Sí—repuso Sankey sin alterarse lo más mínimo—. Dos niñas.

Y añadió alegremente:

—Bien, señores. La compañía de ustedes

me es muy grata, pero he de marcharme. Le he dicho a mi mujer que salía a comprar unos helados y estará deseando que llegue. ¡Vaya! Hasta otro rato.

Y se marchó a paso ligero. Cuando se hubo alejado un poco, se volvió y, al comprobar que nadie más que Ana le miraba, le hizo una rápida seña.

Los demás no lo pudieron advertir porque estaban preocupados con la aparición de una nueva vecina, una mujer escuálida y vieja, con semblante de resignación y de sufrimiento.

Ana se había vuelto rápidamente después



de recoger la seña de Sankey, y fué la primera en contestar al saludo de la vecina.

—¿Cómo está su mamá?

—Ya lo puede usted suponer. ¡Con este calor!... Si a nosotros nos molesta, ¿qué será a ella, que va para los ochenta años?

—Naturalmente.

—Voy a comprarle un helado.

Y añadió con amargura:

—No creo que dure mucho.

Mientras hablaba, Olsen, un sueco flaco y anguloso, siempre con la pipa en la boca, apareció por la escalerilla del sótano y se sentó en los escalones de piedra, donde se recostó después de murmurar un «buenas no-

ches» que sólo fué contestado por algunos vecinos.

Ana, murmuró:

—¡Pobre mujer! Ha dedicado su vida entera al cuidado de su madre.

—Es lo que debe ser—replicó la señora de Jones—. Espero que mis hijos harán lo mismo conmigo cuando sea vieja.

—Sacrificar la vida entera por otra persona me parece injusto. Eso es lo mismo que venir a la vida para no vivir.

Después de esta sincera exclamación, Ana se levantó y dijo con una naturalidad que tenía muy poco de sincera:

—¿Dónde estará Willie? ¡Qué travieso es, Señor! Voy a buscarlo.

Y se fué en la misma dirección en que se había alejado Sankey.

V

La señora de Jones hizo uno de sus dantescos guiños.

—¿Han oído ustedes?—dijo con sorna—. Va a buscar a su travieso Willie.

—Es una vergüenza lo que hace esa mujer—convino la señora de Fiorentino.

—Ya sé lo que sospechas—dijo Jones a su mujer con un gesto de picardía—. Ha ido a reunirse con Sankey, ¿verdad?

—¿Y eso te hace gracia?—exclamó la señora de Jones lanzándole una mirada que equivalía a un cañonazo—. Todos los hombres sois unos sinvergüenzas.

Olsen levantó la mano cachazudamente para señalar el piso donde Mourrant vivía, y dijo con parsimonia:

—Un día el marido los sorprenderá y los matará.

Después volvió a su actitud de descanso, como si acabara de realizar un gran esfuerzo.

—No merecen otra cosa—sentenció la señora de Jones.

—Eso sería una tragedia espantosa—exclamó la señora de Fiorentino, que era muy impresionable.

—Pero él no sabe nada—dijo Jones.

—Porque debe de estar ciego—repuso su mujer—. Siempre pasa lo mismo en estos casos. El marido es el último que se entera. Eso demuestra lo egoístas que sois los hombres. Sólo os preocupáis de vosotros mismos. Así no es extraño que no os enteréis de lo que pasa a vuestra alrededor.

En este momento llegó la escuálida señorita que había salido para comprar un helado a su anciana madre. Venía muy agitada.

La causa era que había visto a Ana y a Sankey, en la obscuridad de un portal, haciéndose el amor.

—¿Saben ustedes lo que acabo de ver?

—¿Qué?—inquirió la señora de Jones con un gesto de esperanza.

—A los dos juntos, haciéndose el amor como dos novios.

—¿Dónde?

—En el primer callejón, a la derecha. Ella estaba arrinconada en el portal. El le rodeaba la cintura con los brazos y se recostaba sobre ella como si quisiera aplastarla.

—¡Monstruoso!—exclamó la señora de Jones, y preguntó ávidamente: —¿Qué hacían, se besaban?

—No lo sé. Estaba tan avergonzada que no he podido ni mirarlos.

Se abrió de pronto la puerta y todos callaron. Era Frank Mourrant. Llevaba una pipa en la boca.

La solterona que acaba de dar la tremenda noticia se echó a temblar al verlo aparecer, como si con él llegara la tragedia.

Se apresuró a entrar en la casa después de cruzar con él un breve saludo.

Mourrant miraba a su alrededor, eviden-

NOVETATS DE CAUTXÚ

PER AL BANY.

GORRES - SABATILLES - FLOTADORS



CAUTXÚ CATALÀ

Corts Catalanes, 615
Ronda de Sant Pere, 12
Passeig de Gràcia, 127

temente extrañado de que su esposa no estuviera allí.

—¿Qué se ha hecho de mi mujer?—preguntó.

—Ha ido a buscar a Willie—contestó la señora de Jones.

Mourrant no contestó. Se limitó a llevarse a la boca la pipa que momentáneamente sostenía con la mano.

—Ya se sabe lo que son los niños, señor Mourrant—remachó, sabe Dios con qué fin, la señora de Jones—. Siempre ha de ir uno detrás de ellos.

En la ventana del entresuelo de la izquierda apareció la señorita Kaplau, la hija del judío que seguía leyendo el periódico sentado en la mecedora. Llevaba en la mano una taza de té, cuyo contenido movía con un chocar continuo de la cucharilla contra la taza.

La señorita Kaplau representaba unos treinta años y su aspecto era el de una inteligente ama de casa.

Después de dar las buenas noches a los vecinos y de recibir de ellos una respuesta fría, entregó la taza de té a su padre, interrumpiendo momentáneamente su lectura.

—¿Pero todavía estás leyendo el periódico, papá?

—Sí, hija mía, sí. Pero te advierto que no me entretengo. Sólo hablan de crímenes, de divorcios y de escándalos estos diarios.

Tomó la taza de té que su hija le ofrecía y ésta se acodó a la ventana.

La señora de Jones comentó en voz baja: —¿Cómo podrán leer estos periódicos escritos en judío?

Pero la aparición del señor Fiorentino, el profesor de música, atrajo toda su atención.

—Ahí viene su esposo, señora de Fiorentino.

Apareció el italiano, desparramando por el ambiente una oleada de movilidad y de alegría. Era un hombre bastante voluminoso y vestido de un modo chillón y pintoresco. Bigote negro, cabellos rizados. Llevaba las manos llenas de barquillos con helado.

Empezó a repartir helados. Los señores de Jones los tomaron sin vacilar. La esposa del profesor preguntó antes de decidirse:

—¿No dicen que los helados hacen engordar?

Pero su marido la convenció con este argumento:

—Aunque así fuera a ti no se te notaría, querida. Un quilo más sobre tu cuerpo es como una gota de agua en un lago.

El judío y su hija los rechazaron.

Y cuando Fiorentino dirigió la oferta a Frank Mourrant, éste contestó lacónicamente:

—Gracias. Estoy fumando.

VI

El pintoresco señor Fiorentino comenzó a explicar lo que había visto en el parque, de donde venía.

—Allí hace siempre fresco, pero como todo el mundo va a buscarlo, aquello se llena de gente y el fresco se convierte en calor asfixiante.

Cuando explicaba, con expresivos gestos, la cara que ponían las mujeres en las montañas rusas, se presentó una dama con aspecto inconfundible de solterona, alta, delga-

da, con un vestido que por abajo le arrastraba por el suelo y por arriba llegaba a la barbilla, y con cara de pocos amigos.

La señora de Jones la reconoció en el acto.

—Es la vicepresidente de una asociación de damas cristianas—dijo en voz baja—y protege a la señora de Hildebrant. Seguramente viene por ella.

La dama saludó, subió los escalones que separaban la acera de la puerta y se detuvo al oír que la señora de Jones le decía:

—Si busca usted a la señora de Hildebrant, no la encontrará porque no está en casa.

—¿Qué contrariedad!—exclamó la dama caritativa—. Viaje perdido. ¿Sabe usted si tardará mucho?

—No se lo puedo decir porque ha ido al cine.

La noticia dejó estupefacta a la cristiana señorita.

—¿Al cine? ¿Está usted segura?



Pero antes de que la señora de Jones pudiera contestar, Fiorentino exclamó:

—¡Ahí la tienen ustedes!

Todos se volvieron. En efecto, allí estaba la señora de Hildebrant acompañada de sus dos hijitos.

Era una mujer joven y bonita. Al ver a la dama que iba en su busca, tuvo un gesto de azoramiento y de inquietud.

La visitante no esperó ni siquiera su saludo.

—¿De modo que viene usted del cine, señora de Hildebrant?—le preguntó con acritud.

—Sí, señora—repuso la interrogada tímidamente.

—¿Y para eso le doy yo el dinero? ¿Es así cómo se preocupa usted de que mañana van a echarla de casa porque no puede pagar el alquiler?

—Sólo vale un real la entrada—dijo la señora de Hildebrant en son de disculpa.

Kaplau, que había dejado el periódico al oír esta conversación, se asomó a la ventana y dijo, sin poder contenerse:

—¿A eso llaman ustedes caridad cristiana?

La dama se volvió. Al reconocer al judío repuso con un gesto de profundo desprecio:

—Nadie le ha preguntado su opinión.

—Pero yo quiero darla—replicó el judío un poco exaltado—. Usted no sabe lo que es caridad. Le conviene leer la Biblia para aprenderlo.

La dama le volvió la espalda altivamente.

—Debe usted comprender—dijo severa-

mente a la señora de Hildebrant—que para ir al cine nadie querrá darle dinero.

—En eso sí que no estoy conforme—protestó Fiorentino llevándose la mano al bolsillo y sacando un par de dólares que entregó a la señora de Hildebrant—. Tenga y vaya usted al cine cuantas noches quiera.

La obsequiada no se atrevía a tomar el dinero, pero el profesor se lo puso en la mano a viva fuerza.

La generosa acción sentó pésimamente a la caritativa dama.

—Necesito hablar con usted a solas—dijo a su protegida, dirigiendo una mirada de desprecio en torno suyo.

—Perfectamente—acató la señora de Hildebrant dirigiéndose a la puerta, por la que desapareció seguida de su protectora.

Los comentarios sobre lo ocurrido empezaron inmediatamente, pero de pronto se hizo en la tertulia un silencio profundo. Era que llegaba la señora de Mourrant. Se respiraba el drama en la mirada de Frank, que no la apartaba de su mujer desde que la distinguió a lo lejos.

—¿Dónde has estado?—le preguntó secamente.

—Buscando a Willie.

Frank sonrió torcidamente.

—En cuanto lo vea, le doy una paliza.

—¿Por qué has de pegarle? Todos los niños hacen lo mismo a su edad.

Jones ratificó:

—Naturalmente. Nuestro Vicente tenía ese mismo defecto. Sin embargo, ya lo ven ustedes ahora: no hay otro tan formal y tan trabajador.

Salió la dama caritativa.

Florentino tuvo que apartarse para dejarla pasar.

—Está de suerte la señora de Hildebrant, ¿eh?—dijo irónicamente—. Mañana la echan a la calle.

—Así aprenderá a no derrochar el dinero—repuso la dama con una contracción de su arrugado rostro—. Si no hubiera quien mal le aconsejara acaso no se vería en este trance.

—Si lo dice usted por mí—repuso el profesor—, he de confesarle, señorita, que no estoy arrepentido de lo que he hecho. A ella le hacían más falta que a mí los dos dólares que le he dado y con eso no he perjudicado a nadie.

—La ha perjudicado a ella.

—Si eso no me pareciera doloroso—dijo Kaplau desde la ventana—me reíría de esa curiosa moral que usted ostenta.

Nuevo gesto despreciativo de la dama.

—Nadie le ha preguntado su opinión.

—Repito que quiero darla aunque no se me pregunte.

—Ustedes, los judíos—replicó con franca indignación la dama—, son los primeros que acuden a la caridad ajena.

Y se fué haciendo un respingo. El profesor la siguió, remedando su modo de andar.

—Estas instituciones caritativas—exclamó Kaplau—me parecen una burla para la clase trabajadora. Por cada millón que los capitalistas les quitan, dan mil a la beneficencia.

—Todo eso está muy bien—dijo Mourrant despreciativamente—. Pero a esa mujer no le sobraría un poco más de conocimiento. El que no paga la casa, ya sabe que se tiene que ir a vivir a otra parte.

Ana le miró, se diría que con una expresión de disimulado desprecio.

—Lo que no está bien es que echen a la calle a esa infeliz.

—Y más teniendo en cuenta que el marido la ha abandonado—añadió la italiana.

Y la señora de Jones, dijo:

—Su marido la ha abandonado porque se ha interpuesto otra mujer. Debía haber una ley para que se mandara ahorcar a esas sinvergüenzas.

—Pero de eso no tiene ninguna culpa el propietario—replicó Mourrant.

—Siempre tienen la culpa los propietarios—opinó Kaplau—. Mientras haya capitalistas y trabajadores, este mundo andrà muy mal.

(Continuará)

COMERCIANTES:

El anuncio es el paladín del éxito en los negocios. Es la obra más interesante y eficaz que la actual y moderna evolución de la economía y alta técnica mercantil, ha introducido en los pueblos que se precian de prósperos y de modernos. La producción publicitaria es un arte y una técnica nuevos muy a la orden del día y muy siglo XX.

Chocolates



Casa fundada en 1800

*Chocolates de tipo familiar, puro, con almendra, con leche,
de gusto francés, Caracas*

Depósito central: Manresa, 4 y 6 - Barcelona

¿Es usted un verdadero
aficionado al cine?

Sí es así, forzoso
es que lea usted
todas las semanas

¿Le interesa conocer detalladamente la vida y
aventura de las "estrellas" y galanes más famo-
sos del cinema?

¿Tiene usted gusto artístico y aprecia la limpidez
fotográfica y la pulcritud tipográfica de una re-
vista ultramoderna?

Popular Film

la única revista española que le ofrece todo esto.





Ayuntamiento de Madrid